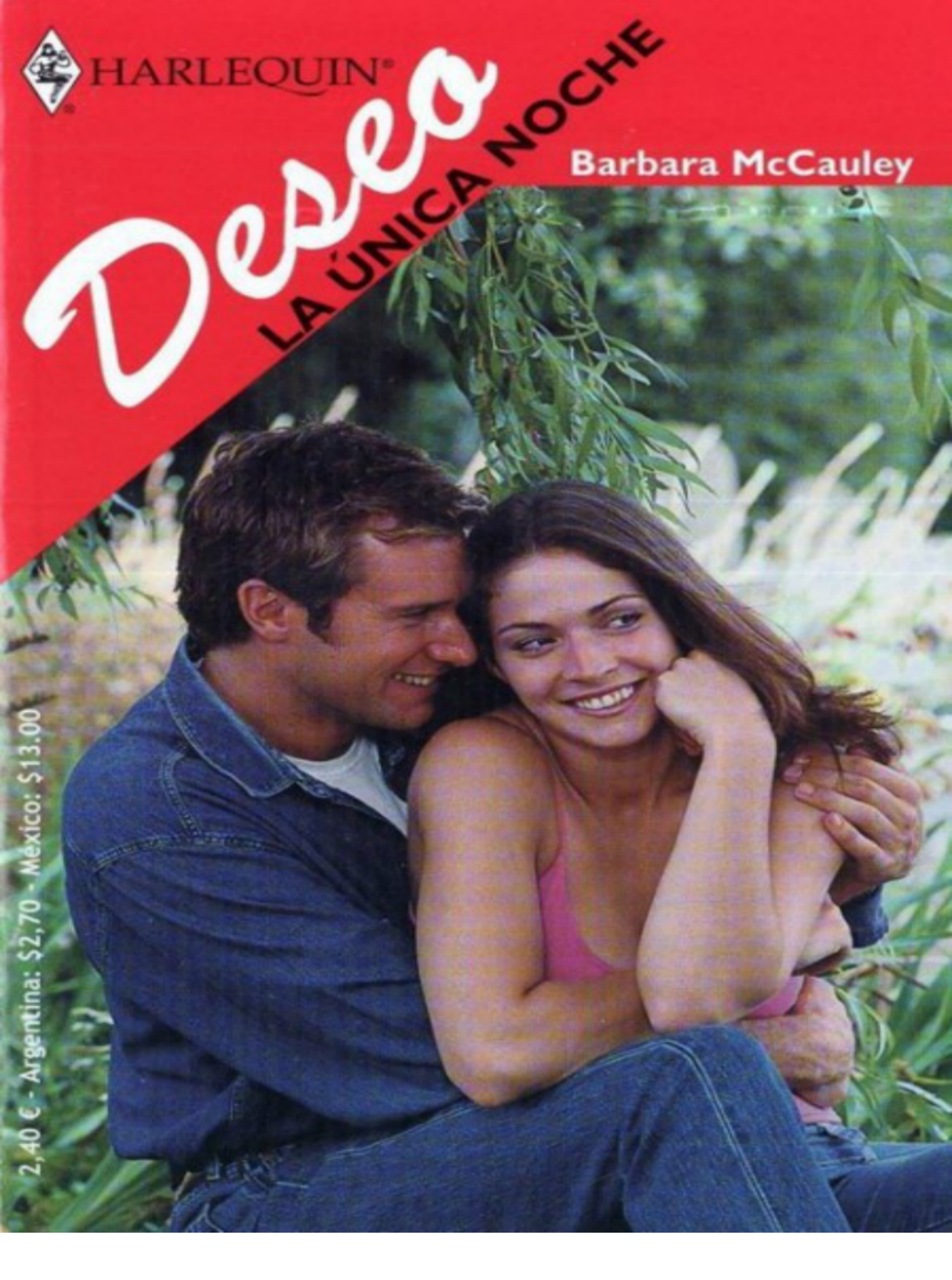

HARLEQUIN
Deseo
LA ÚNICA NOCHE
Barbara McCauley
2,40 € - Argentina: $2,70 - México: $13.00

La única noche
Barbara McCauley
7º Blackhawk-Sinclair

La única noche (2002)

Título Original: Sinclair's surprise baby (2001) **Serie:** Blackhawk / Sinclair 7º

Editorial: Harlequin Ibérica

Sello / Colección: Deseo 1127

Género: Contemporáneo

Protagonistas: Lucian Sinclair y Raina Sarbanes

Argumento:

Un accidente había provocado que Lucian Sinclair olvidara una noche, la única noche que había pasado con Raina Sarbanes. Por eso, cuando volvió a verla, no lograba comprender por qué ella era tan inmune a un encanto que, hasta ese momento, siempre había resultado infalible. Entonces fue cuando la tocó y, con sólo rozarla, su memoria se llenó de apasionadas imágenes de cuerpos entrelazados y amantes susurrando palabras de amor… Y al mirar a los ojos de la hija de Raina, Lucian se dio cuenta de que aquella niña también era hija suya. Estaba empeñado en recuperar aquella familia a la que acababa de descubrir, pero antes tendría que ganarse el cariño de la mujer que había dejado su corazón marcado para siempre…

Prólogo

Lucian Sinclair no creía en el amor a primera vista.

Quizás en «deseo» a primera vista, pero, definitivamente, no podía tratarse de amor.

El amor, si es que existía, iba unido a palabras como «compromiso»,

«eternidad» y «matrimonio».

Ninguno de aquellos términos eran adecuados para él. Como los trajes. Los trajes le quedaban muy bien al resto de los miembros de su familia, pero a él le resultaban estrechos e incómodos. No iban con su estilo.

Él prefería la libertad, la falta de complicaciones, la posibilidad de ir y venir, entrar o salir a su antojo.

Y estaba dispuesto a seguir así.

En silencio se rio del extraño curso que habían tomado sus pensamientos, luego se levantó de la cama sigilosamente para no despertar a la mujer que dormía plácidamente a su lado. Tenía que tomar un avión en cuestión de cuatro horas.

Habían dormido muy poco a lo largo de la noche, así que decidió no despertarla.

La miró. Raina Sarbanes era, sin duda, la mujer más hermosa que había visto jamás. La noche anterior, en la boda de Gabe y Melanie, oyó a su nueva cuñada contar que la dama de honor había salido en la portada de varias revistas antes de convertirse en la propietaria de su propia firma de diseño. También había oído que había estado casada algún tiempo con un magnate griego hacía seis años, a los veintidós. Había estudiado diseño en Nueva York y, al día siguiente, se marchaba a Italia para trabajar con un conocido diseñador.

Pero Raina no le había contado nada por sí misma. A lo largo de la noche habían hablado de asuntos diversos: de Gabe y de Melanie, de Kevin, el hijo que tenía Melanie de su anterior matrimonio, de la empresa de construcción de Lucian, de la escuela de diseño a la que Raina había ido en Italia. También hablaron de que ninguno de los dos estaba interesado en una relación seria en aquel momento.

Aunque breve, aquella charla había sido importante, pues los dos habían llegado a la sana conclusión de que, aunque se sentían muy atraídos el uno por el otro, no estaban buscando ni compromiso ni matrimonio.

Pero la conversación no había entrado en detalles, pues un beso o una caricia acababan rápidamente con cuanto tuvieran que decirse y hacían que se lanzaran a un apasionado y hambriento juego.

Lucian la miró y se quedó fascinado del modo en que la luz de la mañana se reflejaba sobre su rostro. Incapaz de resistir la tentación, se

acercó v le acarició un mechón de pelo oscuro como el chocolate. Era un cabello brillante, abundante, como un río de seda en el que un hombre podía fácilmente sumergirse y deleitarse.

El rostro que enmarcaba era, además, precioso, con una piel pálida y suave, como de porcelana. La boca era grande y de gruesos y sugerentes labios. Los ojos, cerrados en aquel momento, eran deliciosamente azules. Habían sido precisamente ellos los que lo habían dejado sin sentido al verla por primera vez, hacía dos días, en el ensayo de la boda.

La había deseado de inmediato, con una desesperación que incluso lo había desconcertado. Aun más, debía admitir que lo había asustado. Jamás una mujer lo había desarmado de tal modo.

Precisamente por eso, se había mantenido a distancia de ella hasta la boda.

Tampoco ella había facilitado las cosas. Raina había sido completamente indiferente a él, más aún, tremendamente fría. Incluso sus hermanos se habían mofado de él, diciéndole que la dama de honor había demostrado tener cerebro además de belleza, pues era totalmente inmune a sus encantos.

Después de la boda se había ofrecido para llevar a Raina a casa. Fue entonces cuando, en un abrir y cerrar de ojos, todo cambió.

Todavía no tenía claro quién había tomado la iniciativa. Lo único que sabía era que, nada más entrar en la casa, se había encontrado con ella en sus brazos y con su boca urgente y cálida sobre sus labios. Apenas llegar a la cama, había tomado posesión de aquella deliciosa mujer, y la pasión los había consumido poderosa y desgarradoramente.

Al mirarla, se dio cuenta de que ese deseo irrefrenable seguía aún latente.

Había sentido deseo muchas veces. A sus treinta y tres años había tenido muchas experiencias. No era precisamente un monje. Pero lo de la noche anterior había sido diferente, algo difícil de definir, algo que iba más allá de la mera atracción física.

Se preguntó si, quizás, ella podría considerar la posibilidad de quedarse unos cuantos días más. Gabe y Melanie se habían ido de luna de miel, y podían disfrutar de la casa para ellos solos. No esperaba nada más que eso, por supuesto.

Solo unos pocos días. No quería nada permanente. Pero le agradaría poder enseñarle Pennsylvania, incluso llevarla al terreno que había comprado a las afueras de la ciudad, y donde pensaba, en el futuro, construir una casa en la que vivir.

Al parecer, no estaba preparado para dejarla ir sin más.

Se lo pediría con un ramo de flores. No estaba seguro de poder encontrarlo a las seis y media de la mañana, pero sabía que Sydney

Taylor, la mujer a la que tan desesperadamente amaba su hermano, siempre tenía rosas en su restaurante. No le parecía bien despertar a Sydney a horas tan tempranas, pero estaba realmente desesperado. Se vistió sigilosamente y buscó un papel en el que escribió una nota.

Vuelvo en quince minutos. Por favor, no te vayas. Lucian.

La dejó sobre la almohada.

Se puso la chaqueta y salió silenciosamente del dormitorio. Una vez fuera, sintió el frío de la madrugada sobre el rostro y el crujido de la nieve bajo los pies.

Era una mañana maravillosa. Se dirigió a su coche. Estaba ansioso por regresar.

Minutos más tarde, con una sonrisa en los labios, la mujer dormida se despertó, estirando despreocupadamente el brazo, hasta encontrarse con la almohada vacía.

La nota de Lucian cayó entonces, sutilmente, entre el cabecero y el colchón.

En ese mismo instante, con su mente puesta en Raina y ansioso por regresar a su encuentro, Lucian patinó sobre el hielo de la calzada. Su coche se salió de la carretera y todo se volvió negro.

Capítulo Uno

La ciudad de Bloomfield County revivía cada primavera. Los árboles se llenaban de hojas y los pastos se tornaban verdes. Los cerezos florecían e impregnaban con su aroma la brisa. La tierra se despertaba bajo el calor del sol. Era un buen momento para comenzar cosas.

También un buen momento para el nacimiento de bebés.

Aquella misma tarde, de camino a casa de su hermano, Lucian había visto una docena de becerros en la granja de los Johnson y al menos cinco potros en el rancho de los Bainbridge. El día anterior había descubierto bajo el porche de la casa que se estaba construyendo una carnada entera de gatitos, seis bolas de pelo que apenas si habían abierto los ojos, pero que ya maullaban sin cesar a su madre.

Lucian había tratado de ganarse la confianza de la gata, cosa harto difícil o más bien imposible. No obstante, sabía que, tarde o temprano, habría de moverlos a un lugar más seguro. Sabía también que la gata acabaría retozando en su regazo pues era, al fin y al cabo, una fémina.

Y, hablando de féminas, Lucian no hacía sino observar a las cuatro mujeres que se ocupaban de la decoración del comedor de Melanie, para la fiesta del pequeño bebé de la mencionada que se celebraría al día siguiente.

Allí estaban su hermana Cara, con su pequeño de catorce meses, Matthew, y sus tres cuñadas, Melanie, Sydney y Abby, rodeadas de papel rosa y azul por todas partes. Era una hermosa visión y aún más un disfrute para los oídos oír sus risas femeninas. Además, le parecía estar oliendo a galletas.

—Lucian, eres un encanto por traernos todas esas sillas plegables —le dijo una sonriente Abby mientras se colocaba un mechón de pelo rubio detrás de la oreja—.

Callan iba a hacerlo, pero se ha tenido que ir esta mañana a visitar al arquitecto que va a llevar el proyecto de Thorndale.

—Y Gabe ha llevado a Kevin a ver el partido que juega su padre en Pine Flats.

No volverán hasta dentro de un par de horas.

—Reese tiene a una de las camareras de baja por maternidad, y tampoco ha podido venir —aseguró Sydney.

Lucian miró de un lado a otro de la habitación. Estaba todo inundado de globos y lazos de color azul y rosa. No le extrañaba que todos los maridos, incluido Ian, el de Cara, hubieran desaparecido.

—Hasta que Callan no vuelva a casa con los bocetos del proyecto de Ridgeway terminados no puedo hacer nada, de modo que, en este momento, tengo todo el tiempo del mundo. ¡Bien! Lucian vio en ese

instante preciso el plato de galletas que acababan de dejar sobre la mesa. Y, además, eran las maravillosas galletas de chocolate de Sydney.

Sydney lo pilló mirando el plato.

—¿Quieres una?

—Creía que no me lo ibas a preguntar jamás —dijo Lucian y mordió de inmediato una de ellas—. ¿Por qué mi hermano tuvo que casarse contigo antes que yo?

—Eso fue lo mismo que me dijo a mí la semana pasada, cuando Callan y yo lo invitamos a cenar —dijo Abby.

—Sí, a mí también me lo dijo hace tres días, cuando hice un pastel de manzana

—dijo Melanie.

—Es la verdad —les aseguró Lucian—. Mis hermanos han conseguido a las tres mejores mujeres que había en el mundo, así que estoy condenado a la soledad.

Las tres mujeres hicieron una mueca.

—Toda mi vida he tenido que soportar esa cantinela de mis tres hermanos —

dijo Cara, poniéndose a Matthew en el regazo—. Pero, por lo que yo sé, querido hermano, tú no estás precisamente esperando a la mujer de tu vida. Te conformas con varias simultáneamente.

—Es que, desde que mis hermanos se han casado, han dejado a muchas mujeres desconsoladas a las que consolar —le dio una galleta a su sobrino—. Es mi obligación como representante de los Sinclair ocuparme de ellas.

—Un trabajo que se toma muy en serio, por lo que he oído decir en la peluquería —Melanie apoyó las manos sobre su abultado vientre y se inclinó para susurrar—. Sally Lyn Wetters le dijo a Annie Edmonds que estaba segura de que Lucian estaba a punto de hacerle «la pregunta».

Lucian se atragantó con una galleta.

Abby abrió los ojos mucho.

—¿Lucian le va a pedir a Sally Lyn que se case con él?

—Sería una estupenda cuñada. Un poco simple, pero dulce —dijo Sydney—.

Pero Marsha Brenner me dijo que Laura Greenley y Lucian eran la pareja ideal hace tan solo una semana.

—¡Eh! —dijo Lucian—. Que estoy aquí, presente. No soy la pareja ideal de nadie, ni me voy a casar con nadie. A menos, claro está, que… —Lucian sonrió a cada una de ellas—. Que alguna de vosotras deje a uno de mis hermanos y se venga conmigo.

—¡Cuidado que está a punto de hacer un despliegue de todo el encanto de los Sinclair! —advirtió Abby—. No hay mujer que se pueda

resistir a eso.

—Bueno, ha habido una. Raina, la dama de honor en la boda de Melanie —Cara le quitó a Lucian una mancha de chocolate de la cara —. Si no recuerdo mal, se quedó totalmente fría ante los encantos de Lucian. Melanie tuvo que rogarle que bailara con él en la fiesta.

Lucian protestó.

—¡Un momento! Esto no es justo. ¿Cómo me voy a defender si no recuerdo aquella noche? Al golpearse la cabeza en el accidente, se le habían borrado dos días de su vida. No recordaba haber conocido a ninguna amiga de Melanie y, menos aún, haber bailado con ella.

Había sido una experiencia extraña despertarse en un hospital con cuarenta y ocho horas borradas de la memoria. Era extraño, desconcertante. Incluso después de todos los meses que habían pasado seguía sin poder recordar nada más que el brindis que él había hecho por Gabe y Melanie.

—Seguro que se estaba haciendo la dura —aseguró Lucian, tomando a su sobrino en brazos y lanzándolo por los aires.

El pequeño no paraba de reírse a carcajadas.

A Lucian le encantaban los bebés, pero aún le gustaba más poder devolvérselos a sus madres cuando llegaba la hora de irse.

—Si esa tal Raina hubiera tenido más tiempo para conocerme, la habría encandilado.

—Me alegro de que pienses eso, porque viene desde Nueva York para la fiesta—dijo Melanie mirando al reloj—. Si no estás muy ocupado, me gustaría que fueras a recogerla al aeropuerto dentro de una hora.

—Por supuesto, Melanie —le guiñó un ojo a su cuñada—. Pero pensé que habías dicho que vivía en Italia.

—Trasladó su firma de diseño a Nueva York hace un par de meses. Espero convencerla de que se quede allí para siempre —Melanie sonrió al bebé que Lucian tenía en los brazos—. ¿Seguro que no te importa ir por ella?

—¿Has dicho que es soltera? —preguntó Lucian con un gesto malicioso.

Sydney, Cara y Abby agitaron la cabeza de un lado a otro riéndose. Melanie escribió el número de vuelo y la hora exacta de llegada del avión en un papel.

—Sé que no te acuerdas de ella, así que aquí tienes una foto suya —dijo Melanie.

Cara le quitó al niño de los bazos y Lucian agarró la imagen que le ofrecía su cuñada y la miró. Ya había visto a Raina en fotos de la boda. Pero aquella era de hacía aproximadamente una año y era una foto de grupo. Raina aparecía riéndose, con el pelo recogido en un moño alto y un vestido negro sin tirantes. Estaba más que hermosa.

Sintió una extraña sensación que le recorrió la columna de arriba abajo.

—¿Pasa algo? —le preguntó Melanie—. Si no quieres ir…

—No pasa nada y claro que quiero ir —trató de deshacerse de la extraña sensación, agarró su chaqueta de cuero y se metió la foto en el bolsillo—. Te la traeré cuanto antes, sana y salva, toda en una pieza.

—Gracias —Melanie sonrió—. Por cierto, ¿te importaría llevarte mi coche?

—¿Es que no le gustan los deportivos?

—No es eso. Es que en el mío le será más fácil poner la silla del bebé.

Lucian se volvió lentamente.

—¿La silla del bebé?

—¿No te lo he dicho? Raina se trae a su bebé con ella.

Le resultaba muy agradable volver a estar en tierra. Raina suspiró aliviada. El vuelo, aunque corto, había resultado extremadamente movido y Emma no había parado de protestar.

Raina acomodó a la recién dormida nena en sus brazos, mientras llevaba la bolsa en la otra. Si había algo en lo que se había convertido una experta era en el complicado arte de hacer malabarismos. Con un bebé en una mano y un pañal en la otra, tenía que sacar adelante su carrera, conseguir dinero y dormir, esto último, por supuesto, al final de la lista.

Raina llevaba varios meses trabajando dieciséis horas diarias para poner en marcha la colección de la próxima temporada. Con todos los preparativos ya a punto de concluir, había dejado los últimos detalles en manos de Annelise, su ayudante.

Sabía que no tenía por qué preocuparse.

Además, no podía perderse la fiesta de Melanie. Después de la boda, Melanie se había ido de luna de miel y ella había puesto rumbo a Italia donde había pasado catorce meses. No habían tenido oportunidad de verse y habían hablado por teléfono en contadas ocasiones.

Pero ni la falta de tiempo ni la distancia rompía el lazo que había entre ellas.

Melanie era como la hermana que Raina nunca pudo tener. Habían crecido juntas, llorado juntas sus desventuras, y reído juntas con aún más frecuencia. Además, compartían sus secretos más íntimos.

Bueno, la mayoría de ellos, pero no todos. Besó dulcemente la cabecita de su hija.

Raina acababa de salir de la sala de recogida de equipaje, cuando se tropezó con un hombre que hablaba por el móvil. Se habría dado un buen golpe de no haber sido porque alguien la agarró del codo.

Se volvió con una sonrisa.

—Gracias, no…

Se quedó helada.

Era Lucian. Lucian Sinclair.

«¡No!», gritó internamente. «No estoy preparada para esto».

Quizás jamás lo estuviera.

La miró con aquellos increíbles ojos verdes.

—¿Estás bien?

«¡Claro que no estoy bien! ¿Qué demonios estás tú haciendo aquí?»

—Sí —respondió ella y se aclaró la garganta—. Sí, claro que sí.

Sabía que iba a acabar viéndolo tarde o temprano. Era el hermano de Gabe. Se había preparado para verlo aparecer por casa de Melanie en algún momento. Pero no se habría imaginado jamás que se lo encontraría en el aeropuerto. Definitivamente, no estaba preparada.

—Se suponía que iba a venir Melanie a recogerme —dijo ella, tratando de mantener la compostura, aunque las piernas le temblaban y la cabeza le daba vueltas.

—Ella y todas las demás cuñadas están preparándolo todo para la fiesta de mañana —extendió la mano sin soltarle el codo—. Dame la bolsa.

Raina apretó con fuerza el asa del su equipaje.

«No quiero ninguna ayuda tuya», pensó.

—Lo siento —soltó finalmente la bolsa—. Gracias.

—Solo es una sugerencia —dijo él, mirando a los pasajeros que los esquivaban de mala gana—. Pero no estaría mal que nos quitáramos de enmedio.

—Sí, claro.

Ella trató de hacer que le soltara el codo, pero Emma estaba dormida en sus brazos y los demás pasajeros se agolpaban a su alrededor. No tenía espacio para maniobras estratégicas. Así es que tuvo que soportar que su mano la guiara por entre aquel río de gentes.

¡Cómo recordaba aquellas manos! Eran grandes, masculinas y fuertes, y, al mismo tiempo, tremendamente tiernas. Había soñado con aquellas manos durante demasiadas noches, despertándose después sumida en la confusión, llena de rabia y de dolor.

No había podido olvidar la caricia de aquellos dedos largos y firmes, los besos robados por su boca, los suspiros y gemidos de placer. Le había hecho sentir cosas que jamás antes había sentido, desear cosas que nunca había deseado.

Y él, ni siquiera recordaba su nombre.

—Lucian, soy Raina.

—¿Raina? ¿Qué Raina?

El recuerdo de aquella llamada la hacía sentir una vez más dolor y humillación.

Él había alterado todo su mundo, pero ella no había sido para él

más que una aventura de una noche. Y una totalmente anodina. Jamás le dejaría ver el modo en que la había herido, ni cómo, aquella noche, había significado para ella más que todas las noches de su vida.

«Mucho más», pensó, y apretó a su pequeña Emma contra el pecho.

—¿Solo traes esto? —le preguntó él, refiriéndose a la bolsa.

—Voy a estar pocos días —respondió ella.

—Para la mayoría de las mujeres que conozco eso significaría un baúl lleno —

dijo con una sonrisa.

«¿Cómo podía tratarla con tanta normalidad, actuar como si nada hubiera sucedido entre ellos?»

Ella sonrió tensa.

—Supongo que no soy como la mayoría de las mujeres.

El levantó la ceja al notar su tono frío.

Ella se arrepintió de su respuesta. Una cosa era mantener las distancias y otra ser ruda con él. Si no quería que la interrogara o sospechara que había más sentimientos de los que quería mostrar, tenía que evitar comportarse como un ogro.

—Lo siento —sonrió un poco más dulcemente—. Ha sido un día muy largo y Emma se despertará de un momento a otro. Si no te importa, me gustaría ir directamente a casa.

Lucian señaló la salida.

—Tus deseos son órdenes para mí…

«Bien, pues, entonces, besa el suelo y lárgate…»

Al sentir su mano sobre la espalda se detuvo su pensamiento. ¿Cómo se atrevía a ponerle la mano encima con tanta facilidad? Ella se tensó, pero fingió que no lo había notado.

Caminaron por el aeropuerto en silencio, pues había demasiado ruido para mantener conversación alguna. Él continuaba con la mano en su espalda, como si fueran una pareja, lo que cada vez ponía más nerviosa a Raina.

Desde el momento en que se había cruzado con Lucian había sabido que tipo de individuo era. Por eso había mantenido las distancias desde el principio. Su instinto le había dicho sabiamente que aquel hombre podía hacerle daño.

Pero cuando la llevó a casa aquella noche, y se quedaron a solas, no pudo resistirse. No sabía quién había tomado la iniciativa, lo único que sabía era que, en el momento en que él la hubo tocado, no pudo dar marcha atrás.

Y, a la mañana siguiente al despertarse, él ya no estaba.

—¿Te sucede algo?

Ella parpadeó se dio cuenta de que ya habían llegado al aparcamiento y estaban de pie ante un coche con la puerta abierta. Se preguntó cuánto tiempo llevaría allí perpleja e inmóvil.

—No, nada —dijo y se inclinó sobre la silla del bebé para colocar a Emma. Trató de ponerle el cinturón de seguridad, pero los dedos le temblaban de tal modo que no pudo.

—¿Necesitas ayuda? —le preguntó él.

Antes de que ella pudiera decir que no, él ya estaba dentro del coche, a su lado.

Se quedó sin respiración al notar el roce de su brazo musculoso contra el de ella.

Un montón de recuerdos le vinieron de golpe a la mente: susurros, deseo y pieles desnudas. Incluso aquel olor tan característico y masculino. Sintió un calor intenso que le subía por el brazo, por los senos y le recorría todo el cuerpo.

Todo eso en el breve espacio de tiempo que le llevó poner el cinturón.

Al terminar su labor, Lucian debería haberse retirado. Pero, por alguna razón, no lo hizo. Se quedó donde estaba.

Jamás en su vida había sentido nada parecido en presencia de una mujer. Nada más verla bajar del avión había sentido que el corazón se le aceleraba. Le había resultado fácil verla. No solo porque todos los hombres que pasaban por su lado también la miraban, sino porque le sacaba casi diez centímetros a todas las demás mujeres. Y eso que ni siquiera llevaba tacones.

Con su pelo oscuro sujeto atrás en una trenza tirante, podría decirse que Raina proyectaba la imagen de una mujer cálida. Sin embargo, era fría como un témpano.

Nunca antes se había sentido atraído por mujeres frías. Muy al revés. Ese era, sin duda, uno de los pocos motivos que lo instaban a alejarse de una fémina. Por algún motivo, en aquella mujer eso no le importaba. Porque solo con un leve roce conseguía excitarlo.

Había algo en ella, algo increíblemente familiar que lo desconcertaba. Aunque no lo recordaba, sabía que la había conocido en la boda. Pero se sentía como si aquel olvidado encuentro hubiera sido algo intenso y profundo.

No obstante, según lo que todo el mundo le había dicho, en la boda Raina a penas si se había dirigido a él. Jamás se habían quedado a solas.

Bien, en algún momento tendría que ponerle remedio a aquello, claro que aquel no era el momento. Melanie lo mataría si trataba de seducir a su amiga antes, incluso, de llevársela a casa.

Pero habría tiempo después. No sabía si había alguien en la vida de Raina, tal vez el padre de la criatura u otro hombre con quien se viera. Lo que si sabía era que se trataba de una mujer soltera y, en lo que a él respectaba, eso la hacía susceptible de ser seducida.

La estrategia a seguir sería no asustar a la hermosa madre y tratar

de ganársela.

Lucian miró al bebé, una hermosa niña de pelo oscuro y mejillas sonrosadas. Todo en ella era extremadamente delicado.

Sonrió a la pequeña.

—¿Cómo se llama?

—Emma —respondió Raina en un tono de voz más dulce y cálido.

Lucian observó cómo la madre le colocaba la chaqueta. Sus dedos largos se deslizaban por la delicada lana rosa, y Lucian se quedó sin respiración.

Se forzó a centrar su atención de nuevo en el bebé.

—Va a romper algunos corazones cuando crezca.

Raina sonrió.

—Eso es lo que su niñera, Teresa, me dice siempre. Opina que debería meterla en un convento ya.

Lucian advirtió que, por primera vez, Raina sonreía con sinceridad. Le daba igual que no estuviera dedicada a él, lo cautivaba igualmente.

—Si fuera mi hija, sería exactamente eso lo que haría —bromeó él.

Como si hubiera pulsado un botón mágico, la sonrisa se desvaneció bruscamente.

¿Qué había dicho para que reaccionara así?

—Se despertará enseguida —dijo Raina apresuradamente—. Como tenga hambre no va a parar de llorar.

—Entonces, lo mejor será que nos vayamos a casa —dijo Lucian, dándose cuenta de que se trataba de una excusa.

Quizás la había tomado desprevenida un momento, pero sin duda Raina llevaba encendido un cartel luminoso que decía: «Mantente lejos de mí».

Él cerró la puerta de atrás y abrió la de delante.

De haber sido cualquier otra mujer, habría asumido su negativa. Pero, como ella misma había dicho, no era como cualquier otra mujer. Y él no siempre actuaba del modo más inteligente.

Se puso al volante y cerró su puerta. Cuanto menos, la visita de Raina Sarbanes a Bloomfield iba a hacer de su vida algo interesante.

Capítulo Dos

La casa de Gabe y Melanie era tan hermosa como Raina la recordaba. La vieja mansión victoriana había sido recientemente restaurada por el mismo Gabe. Había pintado la fachada y el porche. Las ventanas relucían bajo la intensa luz del mediodía y las flores lucían exuberantes sus coloridos pétalos. Raina sabía que por dentro era tan hermosa como por fuera: techos altos, suelos de madera, grandes chimeneas y una espaciosa cocina. Aquel espectacular lugar estaba, además, cargado de historia.

Allí se habían enamorado Gabe y Melanie.

Aquella había sido también la casa en la que Lucian y ella habían hecho el amor, en una amplia y antigua cama con dosel rodeada de cortinas blancas, y entre suaves sábanas de algodón…

Un bache en la carretera la sacó de su ensimismamiento. Se volvió a mirar a su hija para comprobar que se encontraba bien. Emma se había despertado hacía un par de minutos y Raina sabía que muy pronto pediría su comida.

Los treinta minutos de trayecto desdé el aeropuerto habían transcurrido con serenidad. Lucian le había ido indicando los puntos relevantes del paisaje por el que pasaban. Raina agradecía que la conversación se hubiera mantenido en un terreno superficial.

Estar sola en el coche con él y con Emma la había puesto muy nerviosa. Nada en aquel hombre le resultaba indiferente, ni su olor, ni su voz, ni su cuerpo. Más de una vez se había sorprendido a sí misma mirándolo.

Finalmente, llegaron a su destino. Él aparcó el coche delante de la casa, y ella dio gracias de no tener que permanecer a su lado ni cinco minutos más.

—¡Raina!

Melanie bajó las escaleras y corrió hacia ella, riéndose y con lágrimas en los ojos. Las dos mujeres se abrazaron.

—¡Pero mírate! —dijo Raina, tocando el abultado vientre de su amiga—. ¡Estas maravillosa!

Las lágrimas seguían cayendo por las ruborizadas mejillas de Melanie.

—¿Y tu niña? ¿Dónde está?

—Aquí —se volvió hacia el coche—. Se acaba de levantar, así que quizás esté un poco llorona.

Raina se quedó paralizada al volverse y ver a Lucian con su niña en los brazos.

Sintió que no podía respirar.

«¡No puedes tocarla!», quiso gritar, pero se limitó a apretar los labios para contener la rabia.

—¡Cielo santo, es preciosa! —dijo Melanie.

El orgullo materno sustituyó en aquel mismo instante a la indignación. Melanie corrió hacia la niña.

—¡Ven con tu tía Melanie! —dijo, extendiendo los brazos hacia la pequeña.

Emma sonrió e hizo gorgoritos, pero se abstuvo de amago alguno que indicara su deseo de abandonar los brazos que la sustentaban.

—Le gusto —anunció Lucian, balanceando a la pequeña que reía encantada.

—Eso es porque no te conoce —bromeó Melanie y tomó a la niña.

Una vez que Emma estuvo con su amiga, Raina recuperó la calma pudo volver a pensar claramente.

—¡Es la criatura más hermosa que he visto en mi vida! —aseguró Melanie.

—Estoy de acuerdo —dijo Lucian.

Raina lo miró. De pronto, se ruborizó al ver que no era a Emma a quien observaba, sino a ella. Volvió a sentir rabia. ¿Cómo tenía el valor de mirarla de aquel modo? ¿Era de verdad tan arrogante como para estar diciéndole «te deseo» y esperar que ella se lanzara a sus brazos? ¡Pero si él ni siquiera se acordaba de su nombre!

Estaba resuelta a no responder ni a sus comentarios ni a sus miradas. No se arrepentía de la noche que habían pasado juntos, pero los sentimientos que hubiera podido tener por él en un momento dado se habían desvanecido. Emma era lo único que le importaba, lo era todo para ella.

La repentina avalancha de mujeres que salió del porche la tomó por sorpresa.

Cara llevaba a su pequeño en brazos.

Raina se había hecho muy amiga tanto de Cara como de Abby y de Sydney durante los dos días que había pasado con ellas en su última visita, y estaba ansiosa de volver a verlas.

Lucian las observó mientras se saludaban. Aquellas cinco mujeres juntas eran un espectáculo digno de ser apreciado. Pero era Raina la que se llevaba toda su atención.

Cuando sonreía, el rostro se le iluminaba y los ojos le brillaban. Quizás no era tan de hielo como fingía ser. El sonido de su sonrisa lo cautivaba y lo intrigaba.

Había oído aquella risa antes, estaba seguro. ¿Habría sido en el vídeo de la boda? ¿O

sería un recuerdo oculto en algún lugar oscuro de su mente? Más que nunca, tuvo el convencimiento de que, en algún momento, recordaría, al menos parcialmente, lo sucedido en aquellas cuarenta y ocho horas que había olvidado. Ya había tenido algún que otro vago sueño, pero nada lo suficientemente claro, y jamás una sensación tan

fuerte como la que estaba teniendo en aquel instante.

Pero, tan deprisa como había venido, el sentimiento desapareció.

Los cometarios iban y venían de unas mujeres a otras.

—Tiene tu nariz.

—Pues Matthew es igual que su padre.

—Sydney, ya me he enterado de que Reese y tú os habéis casado. ¡Me alegro tanto por vosotros!

—¿Qué tal en Italia?

—Abby, me encanta lo que te has hecho en el pelo.

Con cinco mujeres, aquello podía continuar así eternamente. Mientras ellas charlaban y se reían, Emma y Matthew parecían tener su propia conversación.

Lucian decidió sacar la bolsa de Raina del coche.

—No te preocupes. Yo me encargaré de mis cosas.

Al volverse, vio que era Raina quien hablaba. Estaba justo detrás de él.

Por un momento, no pudo sino pensar en el tacto de aquellos femeninos dedos sobre el hombro. Eran tremendamente suaves y tuvo la sensación de que el resto de ella sería igual.

—Mi madre me enseñó que se debe ayudar a una dama con su equipaje.

Raina apretó los labios y apartó la mano.

—Gracias —le dijo forzadamente—. Pero necesito la bolsa de la niña.

Él se la dio y ella lo miró directamente a los ojos durante unos segundos. Él tuvo la sensación de que ella quería decirle algo.

—Yo…

Emma comenzó a protestar y Raina se volvió hacia ella.

—Tengo que darle de comer —dijo en un tono extraño—. Solo quería… quería agradecerte que me recogieras del aeropuerto.

Dio media vuelta y se dirigió hacia el bebé.

Lucian frunció el ceño. Había algo extraño en el comportamiento de aquella mujer. El modo en que lo había tratado desde que lo había visto en el aeropuerto, la manera de mirarlo… Le daba la sensación de que tuviera algo en mente, algo que quisiera decir. Mantenía a duras penas la compostura, pero parecía que estuviera realmente furiosa con él.

Sin embargo, Lucian estaba convencido de no haber hecho nada para enfurecerla en la última hora, lo que significaría que, si estaba enfadada, sería por algo que le habría hecho antes.

¡Claro! Tenía que ser eso. Debía de ser algo que había sucedido en la boda o en el ensayo. Pero, por lo que le había dicho todo el mundo, apenas si habían hablado el uno con el otro.

No podía pedir disculpas por algo que no podía recordar. Tendría

que encontrar un momento en el que estuvieran a solas para preguntarle de qué se trataba. Pero, por lo que veía, eso no iba a ser fácil. Raina tenía a Emma en brazos y todas habían puesto rumbo hacia la casa, sin dejar de hablar ni un momento. Lucian cerró la puerta del coche y las siguió.

Melanie lo esperó al llegar al porche.

—Lucian —le dijo—. La cena estará lista enseguida y estás invitado. Abby ha hecho un asado y Sydney ha preparado compota de manzana.

—Bien, me quedo —sonrió él—. ¿Dónde pongo la bolsa de Raina?

—En la habitación de invitados, arriba —sonriendo, le dio un beso en la mejilla

—. Gracias por ir a recogerla. Es alguien muy especial para mí.

Mientras se dirigían al interior de la casa, Lucian pensó que aquella cena sería quizás una ocasión única para poder quedarse a solas con Raina.

—¡Mamá, he marcado un tanto! Papá me ayudó, pero lo hice, ¿verdad, papi?

—Sí, claro que sí —dijo Gabe con orgullo—. La bola casi llegó al cielo.

Los ojos de Kevin se iluminaron y su sonrisa creció.

—¡Fue genial, tío Lucian! ¡Ojalá lo hubieras visto!

—A mí también me habría gustado. La próxima vez será.

El guiño y la sonrisa con que Lucian regaló a su sobrino hizo que a Raina se le encogiera el corazón. Lucian no había dejado de prestar atención a Kevin durante la cena, a pesar de que el niño no había parado de hablar. Para ser alguien que le había dejado claro que no pensaba tener niños, era realmente estupendo con ellos.

Llegó la hora de la comida y solo quedaron Gabe, Melanie, Kevin, Lucian y Raina para compartir un enorme asado con patatas y zanahorias. La comida estaba deliciosa, pero Raina tenía el estómago encogido.

Sentada al lado de ella estaba Emma, que no hacía sino sonreír y mirar a Kevin.

—Creo que a Emma le gustas —le dijo Melanie a su hijo bromeando.

—¡Venga, mami, si no es más que un bebé!

Era cierto que la pequeña Emma no perdía detalle de cuanto hacía el niño. Al parecer todos los hombres de la familia Sinclair tenían un atractivo irresistible para las mujeres.

Kevin, sin embargo, no estaba en absoluto interesado por las chicas ni por los bebés. Lo único que tenía en la cabeza era el béisbol.

Raina, por su parte, en lo único que pensaba era en acabar aquella comida cuanto antes para que Lucian se fuera.

—¿Qué te parece si vengo mañana? —le preguntó Lucian a Kevin —. Así podré verte jugar.

—¡Eso me encantaría! —dijo Kevin con una amplia sonrisa que muy pronto se desvaneció—. Se me había olvidado que mañana no voy a estar aquí, porque mi madre estará dando una fiesta para celebrar la venida del nuevo bebé.

—Nos tenemos que ir todo el día de aquí —dijo Gabe en un tono exagerado—.

¡Nos echan de nuestra propia casa!

—Ya os dije que podíais venir a la fiesta si queríais. Pero los dos declinasteis mi oferta.

—Eso es porque no queremos estar aquí rodeados de un montón de chicas —

Kevin hizo una mueca—. ¿A que tú tampoco querrías?

—Pues resulta que a mí me gustan las chicas —dijo Lucian con una sonrisa y miró a Raina—. A veces me gustan incluso mucho.

Raina entendió que le había dirigido el comentario. Estaba flirteando con ella, en aquella casa, en el comedor, con Gabe y Melanie delante.

Raina apartó el rostro y centró su atención en Emma. ¡Aquel hombre no tenía escrúpulos!

—Y a las chicas les gustas tú —dijo Kevin en un tono casi disgustado—. Cada vez que voy a la frutería, Cindy Johnson le pregunta a mi madre por ti y también lo hace la pelirroja del estanco, esa que se ríe tan fuerte. Incluso la señorita Shelly, mi maestra, siempre dice: «¿Cómo está tu tío Lucian?» —Kevin agitó la cabeza de un lado a otro—. ¿Por qué no te casas de una vez con una de ellas? Pero no te cases con la señorita Shelly. No querría tener que llamarla tía Shelly. Los demás niños se reirían de mí.

Raina miró a Lucian quien, al fin, tenía la decencia de parecer algo incómodo por la información que, involuntariamente, estaba dando Kevin sobre su vida amorosa.

Claro que, nada de lo que estaba oyendo le estaba sorprendiendo. ¿Qué se podía esperar de un hombre que ni siquiera se acordaba de ella después de haber pasado la noche juntos?

—La verdad es que hemos estado hablando de eso mismo esta mañana —dijo Melanie—. ¿Verdad, Lucian?

Lucian la miró inquieto.

—No recuerdo.

Melanie sonrió con los ojos.

—Tú decías algo sobre consolar a las mujeres de Bloomfield, desoladas por los casamientos de tus hermanos. Como es lógico no quieres decepcionar a todas esas damas solitarias.

—¡Qué magnánimo! —dijo Raina en un tono muy tenso. Todo el

mundo se volvió hacia ella y se arrepintió de haber hablado.

—Estaba bromeando —dijo Lucian para defenderse—. Tú lo sabes, ¿verdad, Melanie?

Ésta sonrió.

—¿Pero le vas o no a hacer la pregunta definitiva a Sally Lyn?

Raina alzó la vista y Gabe se atragantó.

—¿A Sally Lyn Wetters? ¿Cuándo pensabas decírmelo?

—¿Cuál es la pregunta definitiva? —preguntó Kevin.

—Pues pedirle a alguien que se case contigo —dijo Melanie.

—¿El tío Lucian se va a casar? —Kevin lo miró atónito—. ¿Vas a tener una fiesta como la que tuvieron papá y mamá?

—No voy a casarme —dijo Lucian—. Y menos con Sally Lyn.

—Claro, se me había olvidado —dijo Kevin como si no hubiera oído a Lucian—.

Tú no te acuerdas de lo que pasó en la boda de mis padres por lo del accidente. Pero te lo pasaste bien. Estuviste bailando con todo el mundo, incluso con la tía Raina.

¿Puedo ir a tu fiesta?

—Kevin —le dijo Lucian haciendo alarde de gran paciencia—. No me voy a casar ni a dar…

—¿Qué accidente? —preguntó Raina sin pensar.

Todo el mundo se volvió hacia ella una vez más.

—Nada, no fue nada —protestó Lucian.

«Claro que fue algo, y muy importante para mí», pensó Raina.

—Te conté lo del accidente de Lucian a la mañana siguiente de la boda, ¿no?

—No, no lo hiciste —respondió Raina con el corazón acelerado.

—La verdad es que a nosotros no nos contaron que estaba en el hospital hasta que regresamos de la luna de miel, porque sabían que de haberlo hecho, nos habríamos tenido que volver en mitad del viaje —dijo Melanie.

—¿En el hospital? —susurró Raina y miró a Lucian—. ¿Estuviste en el hospital?

—Solo durante un par de días.

Emma empezó a pedir comida y Raina se volvió hacia ella para darle una cucharada de zanahoria cocida.

—Tú estabas en Italia, Raina —Melanie la miró pidiendo disculpas —. Tú y yo no volvimos a hablar hasta casi tres meses después. Supongo que para entonces Lucian ya estaba bien y no me acordé de contártelo.

Raina se tragó todos los sentimientos que aquella inesperada noticia le estaba provocando.

—¿Qué ocurrió?

—No tengo ni idea —respondió él.

—¿Quieres decir… que no te acuerdas? —preguntó Raina dudosa.

—La policía dijo que el coche resbaló sobre el hielo. Eran las seis y media de la mañana —Gabe agarró la copa de vino—. Después de ver lo que le pasó a su vehículo, fue realmente afortunado de haber sobrevivido al accidente.

—¿Pero tú no lo recuerdas? ¿No recuerdas nada, ni siquiera lo que sucedió en la cena?

—No. Lo único que recuerdo fue el brindis que hice en honor a los novios —

Lucian se encogió de hombros—. Todo el mundo me ha dicho que me lo pasé muy bien, así que tendré que creérmelo.

«Sí, claro que te lo pasaste muy bien, y no solo en la boda, sino también después», pensó Raina.

—¿Qué es lo último que recuerdas? —le preguntó ella.

—Pues recuerdo haber recogido mi esmoquin y haberme ido a casa. Eso sucedió el día del ensayo de la boda —dijo Lucian.

Aquel era el día en que ella había llegado a la ciudad. Ella y Lucian se habían conocido en el ensayo. Así que no la recordaba, no sabía que había bailado con ella, ni que la había llevado de vuelta a casa de Gabe y Melanie.

«No recuerda que hicimos el amor toda la noche», se dijo.

—Todavía no hemos podido averiguar qué hacía a aquella misteriosa hora de la madrugada en una carretera y vestido con el esmoquin —dijo Gabe—. Pero tenemos una teoría.

—Déjalo ya, Gabe —protestó Lucian.

Raina apretó el tenedor que tenía en la mano.

—¿Y cuál es esa teoría?

Gabe sonrió claramente divertido con la reacción de su hermano.

—Hemos llegado a la conclusión de que lo sucedido tenía algo que ver con una mujer.

—¿Te importaría dejar el tema? —dijo Lucian.

—Reese, Callan e Ian ya han hecho sus apuestas sobre cuál de las innumerables mujeres que venían a verlo al hospital podía ser, pero aún no ha salido a la luz la verdad —Gabe dio un último sorbo a su vino y dejó la copa sobre la mesa—. Todavía hoy la dama en cuestión sigue siendo un misterio.

Capítulo Tres

Raina Sarbanes lo estaba volviendo loco, porque no podía apartarla de su mente. Aun en aquellos momentos, sentado junto a Ian y a Callan y viendo un partido de baloncesto no podía quitársela de la cabeza.

Aquella mujer lo tenía realmente confuso.

Desde que la había recogido del aeropuerto no había hecho sino tratarlo con frialdad e incluso desprecio en algunos momentos. Sin embargo, de pronto, en mitad de la cena, empezó a mostrar un interés exagerado por lo acontecido en el accidente.

Lucian se preguntaba si se trataba de una preocupación meramente aparente o si era real. Y de ser real, ¿cuál sería el motivo, cuando había demostrado no tener ningún interés por él hasta entonces?

El accidente había sido bastante grave, pero sus heridas no habían sido importantes. Había perdido parte de su memoria lo que, según el médico, era normal con golpes como el que había recibido.

Aunque, en principio, no le había dado demasiada importancia, a veces tenía la sensación de que lo que había desaparecido de su cabeza era algo vital. La noche anterior había intentado charlar con Raina a solas para preguntarle si la había ofendido en forma alguna en la boda. Pero ella había desaparecido con el bebé en cuanto hubo acabado la cena y no había vuelto.

Lucian frunció el ceño y agarró la jarra de cerveza que tenía delante. La paciencia nunca había sido su fuerte.

Hubo hurras cuando Allen Iverson marcó y todos se levantaron. Callan e Ian le dieron sendas palmadas de enhorabuena a Lucian en la espalda porque acababa de ganar una suculenta apuesta y la jarra se balanceó.

—¡Eh, chicos, cuidado con un hombre que tiene una cerveza en la mano! —se quejó Lucian.

—Y una mujer en la cabeza —dijo Reese que venía desde la barra.

—¿Quién es la afortunada hoy? —Callan le dio los cinco dólares que había apostado y perdido.

—¿Qué os hace pensar que estaba pensando en un mujer? —protestó Lucian—.

Tengo otras cosas en mente también.

Los tres hombres se miraron los unos a los otros.

—¿Estaba viendo el partido? —preguntó Callan.

—No.

—¿Se estaba bebiendo la cerveza que Reese le había dado hacía media hora?

Miraron a la jarra casi llena que tenía en la mano y negaron con la cabeza.

—Hay una mujer —dijeron Ian, Callan y Reese a la vez.

—Vamos, hermanito, suelta —Reese le quitó la cerveza caliente de la mano y le dio una fría—. ¿Qué pasa?

—No pasa nada —para probarlo dio un largo sorbo de cerveza.

Ian agarró un cacahuete del bol que había en la barra y lo abrió.

—Cara dice que no le quitaba ojo de encima a la amiguita de Melanie que recogiste en el aeropuerto. ¿Cómo se llamaba? ¿Rita?

—La miraba sí, ¿y qué? —se encogió de hombros—. No estoy ni ciego ni muerto. Se llama Raina no Rita. Y no, no estoy interesado en ella.

—Más bien creo que es ella la que no está interesada en ti —dijo Callan, que no estaba dispuesto a desaprovechar la oportunidad de meterse con él—. Está claro que Raina es tan inteligente como hermosa.

Por suerte, Kevin llegó interrumpiendo la conversación y salvándolo de los dardos envenenados de sus hermanos.

—¡Tío Ian, tío Callan, tío Reese! ¡Ayer marqué un tanto! —Kevin entró en el bar acompañado por Gabe. El niño se lanzó en brazos de Lucian—. ¿Verdad, tío Lucian?

—Sí, claro que sí —respondió él, contento con la interrupción.

—Yo creo que eso se merece una celebración —Reese captó la atención de la camarera—, Marie, una hamburguesa y un batido de chocolate.

—¡Guau! Gracias, tío Reese —Kevin se sentó en uno de los taburetes de la barra

—. También deberíamos celebrar que el tío Lucian se va a casar. Lucian casi escupe toda la cerveza.

Todas las cabezas se volvieron hacia él, y Ian, Reese y Callan lo miraron perplejos.

Gabe sonrió y se sentó.

Lucian se apresuró a desmentir la noticia.

—No me voy a casar —dijo con toda la calma de la que pudo hacer alarde—.

Con nadie. ¿Entendido?

Lucian dio un sorbo a su cerveza para evitar ponerse a gritar. ¿Por qué todo el mundo tenía semejante empeño en casarlo?

La gente casada siempre pensaba que los solteros eran infelices. Pero él no lo era. Le gustaba ser soltero y pensaba seguir así durante mucho, mucho tiempo.

Solo una mujer muy, muy especial podría hacerle cambiar de opinión y, sinceramente, no creía que esa mujer existiera.

—¡Oh, Raina! ¿Has visto esto? —le dijo Melanie mientras sujetaba un pequeño gorro blanco—. ¿No es lo más bonito que has visto en tu vida?

—Es precioso —Raina dejó a Emma junto a una pila de cajas de regalo vacías y comenzó a reírse y a jugar con ellas—. A Emma también le gusta.

—Se ha portado estupendamente hoy —Melanie le dio a la pequeña un sonajero que venía como adorno de uno de los paquetes —. ¿Siempre se porta así de bien cuando hay mucha gente?

Raina se sentó en el sofá junto a Melanie, y disfrutó del repentino silencio.

Treinta mujeres en una fiesta suponían muchos decibelios. La última persona en marcharse había sido la cuñada de Melanie, pero a Raina todavía le resonaban los oídos.

—Emma casi nació en un vestuario lleno de modelos. La querían tantas mujeres distintas, que a veces temía que no supiera quién era su madre. Tuve que contratar una niñera para que mi hija disfrutara de un poco de paz —Raina agarró una diminuta zapatilla verde—. Ni siquiera me acuerdo de cuando era tan pequeña.

—Raina —la sonrisa se desvaneció del rostro de Melanie—. Siento no haber podido estar contigo durante el embarazo. Ya sabes que me habría gustado.

—Claro que lo sé —Raina le dio un abrazo a su amiga—. Pero yo estaba en Italia trabajando dieciséis horas al día y tú estabas aquí, con Kevin y un nuevo marido. Las dos teníamos obligaciones.

Melanie asintió con tristeza y miró a su amiga.

—¿Por qué nunca hemos hablado de esto?

Raina apartó la mirada y la dirigió hacia Emma.

No le había hablado a Melanie de su embarazo hasta los seis meses. Sabía que eso le había hecho daño, pero también que lo comprendía. Melanie tendría paciencia con ella y la perdonaría.

—Lo siento —le dijo Raina—. Trataba de que no te preocuparas por mí.

Además, estaba tan confusa… Había ciertas cosas a las que no me podía enfrentar.

—¿Puedes enfrentarte a ellas ahora?

Melanie miró a Emma y sintió un profundo amor.

Se preguntó cuál era la respuesta a aquella pregunta.

Su mente todavía estaba asimilando la noticia de la amnesia parcial de Lucian y del accidente.

Aquella lejana mañana, al despertarse y ver que él se había marchado, ella había hecho las maletas y había puesto rumbo al aeropuerto, convencida de que, sencillamente, la había abandonado sin tan siquiera dignarse a despedirse.

Tres meses después, ella había tenido que hacer la llamada más difícil de su vida.

—Lucian, soy Raina…

—¿Raina?

La confusión en su voz y el largo silencio que había venido después había sido como un cuchillo que se hubiera clavado en su corazón.

Una cosa era pensar que, sencillamente, la había dejado después de una noche de pasión y otra que ni siquiera fuera capaz de recordar su nombre.

Sin decir nada más, había colgado y jamás había vuelto a llamar.

Pero lo sucedido había sido muy distinto a lo que ella había imaginado. Había tenido un accidente.

Después de la noticia había pasado despierta gran parte de la noche. Imágenes de Lucian mientras hacían el amor se agolpaban en su cabeza. Luego se imaginó el coche, dando vueltas en el hielo, a Lucian herido y lleno de sangre, después en el hospital…

Pero lo cierto era que no sabía por qué se había marchado a una hora tan temprana. No sabía si su intención era regresar, o llamarla. Y ya nunca lo sabría.

Porque él tampoco lo sabía.

Ella cerró los ojos mientras trataba de respirar. Toda la rabia que había sentido contra él se había convertido repentinamente en un sentimiento de culpa. Sentía que tenía que enmendar algo. Pero no sabía cómo.

—Raina.

El sonido de la voz de Melanie la sacó de su ensimismamiento. Finalmente, concluyó que no: aún no estaba preparada para enfrentarse a ello.

—Hay algo que debo hacer —le dijo a Melanie apretándole la mano—. Cuando lo haga, te lo contaré todo. Te lo prometo.

—Te tomo la palabra —dijo Melanie—. Ahora, antes de que el tornado Kevin y Gabe vuelvan, ¿por qué no…? —en ese momento oyó algo—. Demasiado tarde.

La puerta se abrió y Kevin entró como un rayo en la habitación. A Raina se le encogió el corazón al ver que detrás de él iba Lucian. Se dirigieron directamente a la cocina.

Emma no les quitaba ojo de encima.

Gabe entró después y cerró la puerta. Con una sonrisa, se aproximó a su esposa y la besó dulcemente.

—Déjame adivinar —dijo Melanie—. Han ido a ver si queda pastel.

—Sí, así es —dijo Gabe.

—Bien. Pues en el frigorífico te he guardado un trozo —añadió Melanie.

—Esa es mi chica —la besó de nuevo y agarró a Emma en brazos —. Y hablando de chicas, ¿cómo está mi nena favorita hoy?

—Preparada para un buen baño y para meterse en la cuna — respondió Raina.

Desde el instante en que Lucian había aparecido, Raina había empezado a sentir la urgente necesidad de subirse a su cuarto. Sabía que necesitaba hablar con él, y que habría de hacerlo pronto, pero aquel no era el momento adecuado.

—Vamos, corazón, vamos a dejar al tío Gabe y a la tía Melanie un rato solos.

—¿Podríamos meterla nosotros en la cama? Yo ya he perdido la práctica —dijo Melanie, sonriendo a su esposo—. Así podría darle a Gabe unas cuantas lecciones.

—¿Quieres decir que los bebés no vienen con un manual de instrucciones? —

preguntó él, mientras le hacía cosquillas a Emma en la tripa. La niña se reía a carcajadas.

—Sí, pero todas las páginas están en blanco —dijo Melanie y se levantó del sofá

—. Igual que ese libro titulado: Lo que los hombres saben de las mujeres.

Una fuerte carcajada resonó en la cocina y apareció Kevin limpiándose el chocolate de la cara. Melanie frunció el ceño.

—¡He vencido al tío Lucian en una pelea para ver quien se comía el primer trozo de tarta! —anunció Kevin con orgullo.

—Ahora mismo a tu habitación, jovencito —le dijo Melanie—. Métete en la bañera y ponte el pijama.

—¡Mamá! —protestó el niño mientras se dirigía a la bañera—. ¡No estoy cansado!

—La última vez que dijiste eso, caíste rendido sobre la cama y te quedaste dormido en ropa interior.

—¡Eso no es verdad! —dijo Kevin totalmente ruborizado—. Solo estaba descansando.

Subió las escaleras justo delante de sus padres.

En el momento en que Raina hizo amago de levantarse del sofá, Melanie la detuvo.

—Tú quédate ahí.

—Pero…

—No hay «peros» que valgan —le dijo su amiga—. Bajaremos en cuanto la niña se haya quedado dormida. Te puedes relajar hasta que regresemos.

¿Relajarse? Raina habría soltado una carcajada de no haber sido por lo inapropiado del gesto y su estado de tensión. Con Lucian en la cocina y todos los demás arriba si había algo que no podía hacer era relajarse.

—Hola.

Raina inspiró profundamente y luego miró en dirección a la voz. ¿Por qué aquel hombre estaba siempre tan guapo?

Forzó una sonrisa y respondió.

—Hola.

Llevaba en una mano un plato de cartón con un enorme trozo de tarta, y un tenedor de plástico en la otra. Se encaminó hacia ella con aquellos increíbles ojos verdes fijos en los de Raina. Finalmente se sentó a su lado.

—Por lo que se ve Melanie ha tenido un montón de regalos —dijo él, mirando los paquetes recién abiertos. Luego señaló una de las cajas —. ¿Qué es eso?

—Un monitor para controlar al bebé —dijo ella, mientras se ponía a doblar la ropita para el recién nacido.

—¿En serio? Es increíble. ¿Qué inventarán después? —sonrió y luego se metió un trozo de pastel en la boca—. ¡Esto está riquísimo!

La estaba volviendo loca. No podía soportar tenerlo allí tan cerca, con aquella sonrisa Sinclair que fascinaba a todas las mujeres. Incluso el modo en que se comía el pastel le resultaba sensual.

Aquello le hizo recordar la noche de la boda. La miraba exactamente igual que al pastel, como si quisiera devorarla. Sintió un escalofrío.

—¿Tienes frío? —le preguntó él.

—No —respondió ella y se puso a doblar otra cosa.

Él se levantó y se dirigió hacia el cuco que había en un lateral.

—¿No me digas que vais a poner a mi sobrino en esa cesta de pan gigante?

—¿Qué te hace pensar que va a ser un chico?

—Gabe y Melanie habían decidido no saber qué sexo tendría el niño. Pero no por eso la familia dejaba de especular—. Podría ser una niña.

—Sí, pero me apuesto diez dólares a que es un niño —la miró pensativo—. ¿Tú supiste que Emma era una niña antes de que naciera?

Raina sintió que el pulso se le aceleraba. Aquel no era el tema de conversación adecuado para la ocasión. Al menos no en aquel momento. Se inclinó para recoger las cajas con las que había estado jugando Emma.

—Lo sabía.

—¿No querías que fuera una sorpresa?

—No —dijo, mirando hacia la escalera, de donde procedía el sonido de agua salpicando. Pronto oyó a Emma reírse placenteramente y a Gabe y a Melanie acompañándola—. Creo que debería subir…

—Raina —Lucian dejó el plato sobre la mesa de café y se acercó a ella—. Espera.

—¿Qué? —preguntó ella con un débil hilo de voz.

—¿Por qué te pongo nerviosa?

—No estoy nerviosa —era una gran mentira y los dos lo sabían.

—He estado pensando —le dijo mientras le acariciaba con el dedo la muñeca—.

Me gustaría saber por qué te comportas de un modo tan extraño conmigo. ¿Es por algo que te hice? ¿Por algo que te dije en la boda o antes?

—No —respondió solo a la última pregunta—. No fue nada que me dijeras.

—Se te ha acelerado el pulso —murmuró él—. ¿Se trata de algo que te hice? El suave tacto de la yema de su dedo la hipnotizaba.

—No… no fue ni en la boda ni antes.

—Entonces, ¿cuándo fue? Ella cerró los ojos y tragó saliva.

—Fue después.

Capítulo Cuatro

—¿Después? —al ver la mirada oscura y taciturna de Raina, Lucian asumió que lo que había hecho debía de haber sido muy malo—. Alguien me dijo que te habías venido a casa de Melanie y Gabe después de la boda. Asumí que Cara e Ian te habían traído.

—Así iba a ser —dijo Raina—. Pero Cara estaba embarazada de seis meses y se encontraba muy cansada. Les dije que se marcharan y que ya encontraría a alguien que me llevara.

Lucian levantó las cejas ante lo que tácitamente le estaba dando a entender.

—¿Me estás diciendo que yo te traje?

—Como tenías que dejar los regalos de boda aquí, pareció lo más lógico.

—Pero, ¿cómo es que nadie nos vio salir juntos?

—Tú llevaste el coche a la parte de atrás del hotel para cargar los paquetes.

Quizás en la confusión que había al final, cuando todo el mundo se estaba marchando, pensaron que te habías ido antes que yo, en lugar de conmigo.

Lucian odiaba tener aquel vacío en su memoria. Al principio lo había vuelto loco, pero había acabado por aceptarlo. Sin embargo, en aquel momento, le resultaba insoportable.

De pronto, se dio cuenta de lo que Raina le estaba queriendo hacerle entender.

¡Maldición!

—¿Me estás diciendo que nosotros…?

Ella asintió.

—Pasamos la noche juntos.

—¡Raina, cielo santo! No sé qué decir —dijo él desconcertado—. Yo no… quiero decir, yo…

¡No sabía qué decir! Habían pasado la noche juntos… en aquella casa.

—¿Y no nos dijiste nada, ni a mí ni a Melanie?

—No creo que hubiera razón alguna para contárselo a ella. Lo que ocurrió es algo entre nosotros.

—Pero tampoco me lo dijiste a mí —Lucian trataba de recobrar la tranquilidad

—. ¿Por qué?

—Cuando te marchaste por la mañana, yo estaba dormida —dijo ella—. No había ni siquiera una nota, así que, al ver que no volvías, pensé…

—Que era un completo idiota. Normal —su hostilidad en el aeropuerto de pronto tenía sentido. Cielo santo, tenía suerte de que no

lo hubiera abofeteado—.

Raina, no tengo ni idea de a dónde me dirigía, pero te juro que jamás te habría dejado así sin más, sin decir adiós.

—Yo no sabía nada de lo del accidente —se inclinó sobre él—. De haberlo sabido, no me habría marchado así.

Él trataba de asimilar lo que acababa de contarle, pero se sentía como si le acabaran de dar un golpe y no tuviera fuerzas para levantarse. Habían hecho el amor. No se lo podía creer. Y no podía recordarlo.

Raina miró hacia las escaleras al oír a Melanie cantando una nana.

—Lucian, lo que ocurrió entre nosotros no fue solo un encuentro fortuito. Cierto que fue impulsivo, inesperado, pero no fue superficial.

—Maldita sea —dijo él agitando la cabeza de un lado a otro—. Si hay algo que no querría haber olvidado es haber hecho el amor contigo.

Ella se ruborizó.

—Lucian…

—Así es que tú eras la dama misteriosa —le tomó la mano y miró sus largos dedos—. Según mi familia, tú no tenías ningún interés en mí. ¿Cómo fue que…?

Él hizo una pausa. Aquello era realmente extraño. Estaba en territorio desconocido. No sabía lo que había sucedido ni cómo. Tampoco sabía qué decir.

¿Cómo iba a preguntar por los detalles sin sonar excesivamente crudo?

Al oír que una puerta se cerraba arriba, Raina se apartó de él.

—Necesitamos hablar con calma, Lucian. Pero este no es el momento adecuado.

Él asintió.

Oyeron que Melanie y Gabe hablaban con Kevin en el pasillo.

Lucian pensó que era mejor que se marchara antes de que ellos bajaran. Sabía que Gabe iba a notar que algo le sucedía.

—Mañana por la mañana vendré por aquí. Le he prometido a Kevin que jugaré con él.

La miró fijamente. Incapaz de resistirse, le acarició la mejilla. Pero ella se tensó.

No había sido buena idea.

—Hasta mañana —dijo él.

—Sí —respondió ella—. Hasta mañana.

Mientras se alejaba, Lucian no podía dejar de pensar en cuanta esperanza y cuanta incertidumbre encerraba la palabra «mañana».

—A Lucian no le va a gustar nada esto —dijo Melanie mientras sacaba unos panecillos recién hechos de una bolsa de papel—. Odia las sorpresas.

—Eso es precisamente lo que hace que sea aún más divertido —dijo Cara, mientras añadía un plátano cortado a la macedonia de frutas—. Ian, ¿tienes carrete en la cámara?

—Sí. Ya está preparada —respondió Ian.

Globos morados y rojos habían sustituido a los rosa y azul. También habían colocado una inmensa pancarta que decía: «Feliz cumpleaños, Lucian».

Sydney estaba en la cocina, preparando bollos y pasteles y Abby estaba friendo beicon.

Si había algo que les gustaba a los Sinclair era celebrar fiestas. Daba igual que el día anterior hubiera habido otra. Un cumpleaños era un cumpleaños y, lo quisiera el interesado o no, había que celebrarlo.

No había pasado ni un solo instante desde la pasada tarde en que no hubiera pensado en él. Mientras su hija dormía tranquilamente en el dormitorio de al lado, Raina no había dejado de dar vueltas de un lado a otro pensando en «mañana».

Pero ese «mañana» ya había llegado. Y resultaba ser el día de su cumpleaños, ni más ni menos. De haberlo sabido, no se habría comprometido a hablar con él en día tan señalado. No parecía el mejor momento para decirle a nadie que tenía una hija de siete meses.

Los nervios se le agarraron al estómago. Sentía una tremenda presión en el pecho. Sabía que él acabaría obligándola a hablar. Quería saber toda la verdad sobre lo que había sucedido aquella noche. Ella lo entendía y pensaba que él tenía derecho a saberlo.

De haber sabido que él había perdido la memoria y todo recuerdo de la maravillosa noche que habían pasado juntos, quizás todo habría sido diferente.

Pero las cosas eran como eran.

—Raina, por favor, ¿puedes llenar esto y ponerlo sobre la mesa? —Melanie sacó un cartón de zumo de naranja del frigorífico y lo dejó sobre la mesa, junto a una jarra de cristal—. Va a llegar de un momento a otro.

Ansiosa de tener algo que hacer que la mantuviera ocupada, Raina hizo lo que le habían encomendado, y llevó la jarra al salón. Allí se encontró a Reese que estaba haciendo guardia, atento a la llegada de Lucian. Callan tenía a Emma en brazos, y Gabe tenía a Matthew. Los dos bebés estaban encantados con los saltos y muecas que hacía Kevin. Raina no pudo evitar que los ojos se le empañaran al ver la risueña imagen de su hija.

—Ese es el efecto que tienen sobre nosotros: nos ponemos ñoñas —dijo Cara que apareció detrás de ella—. Yo casi me puse a llorar de emoción la primera vez que Matthew me sonrió.

Con una jarra de crema en la mano, Melanie se unió al grupo.

—Yo me quedé sin habla cuando me dieron a Kevin en el hospital

—Melanie parpadeó rápidamente para librarse de las lágrimas—. Dios santo, aquí voy otra vez con el llanto tonto.

Raina y Cara sonrieron comprensivas y se limpiaron sus propias lágrimas.

Melanie era la única familia que Raina tenía. A pesar de las contradicciones, se sentía bien por estar de vuelta en casa.

—¡Ya está aquí! —dijo Reese.

Raina sintió que el pulso se le aceleraba. Entre carcajadas y susurros todos se reunieron en el salón. Raina agarró a Emma y se puso atrás.

Lucian abrió la puerta.

—¡Sorpresa!

El se quedó en la puerta confuso durante un momento. Ian aprovechó para hacerle una foto.

—¡Que Dios me libre de esta familia de locos! —dijo él y sonrió. Abrazó rápidamente a Cara y a sus cuñadas y saludó a sus hermanos.

Raina se apartó, sin dejar de sonreír. No se sentía lo suficientemente cómoda como para formar parte de la celebración.

En el momento en que Lucian se encaminó hacia ella con una amplia sonrisa en los labios, ella sufrió un ataque de pánico.

Antes de que pudiera reaccionar, ya las tenía a ella y a Emma abrazadas.

El calor de su cuerpo, el masculino aroma, todo fue directo a sus sentidos. Le resultaba difícil respirar, pensar, incluso reaccionar. Podía oír el sonido de las voces alrededor, vio el flash de la cámara de Ian. Pero solo podía focalizar su atención en Lucian.

Al sentir sus labios posándose suavemente sobre su mejilla, el corazón se le aceleró.

Emma se acercó a Lucian durante un segundo, y de nuevo se disparó el flash de la cámara.

—Así que tú también eres parte de esta conspiración, ¿eh? —le dijo a Raina.

Luego hundió suavemente el dedo en la tripita de Emma—. ¿Sabías que tu madre era una tramposa?

Raina sonrió e hizo lo que pudo por disimular su estado de desconcierto.

—La comida ya está —dijo Sydney que acababa de entrar con un humeante quiche en una bandeja.

Lucian se sentó en la cabecera de la mesa por ser el protagonista de la fiesta.

Pronto comenzó un exuberante intercambio de risas y comida.

Raina los miraba fascinada. En la boda no había habido tiempo para reuniones familiares. Los dos días de estancia habían pasado demasiado deprisa.

La noche después de la celebración también había pasado demasiado deprisa.

Como si Lucian le hubiera leído el pensamiento, levantó la vista y la miró.

Raina pensó que debía apartar los ojos, pero no podía. Lo miraba absorta, como si ellos dos fueran los únicos dos ocupantes de la habitación.

Raina parpadeó al darse cuenta de que Abby acababa de hacerle una pregunta.

—¿Perdona?

—Melanie me comentó que tenías preparado un pase de tus diseños para dentro de poco.

—Sí, dentro de dos semanas. Es mi nueva línea de lencería.

Todos los hombres se volvieron hacia ella. Melanie frunció el ceño y apuntó a su marido con el dedo.

—Di una sola palabra, Gabe Sinclair, y esta noche duermes en el sofá.

—¿Qué he hecho ahora? —dijo Gabe con una expresión de inocencia—. Solo iba a pedir un poco de sandía.

Todos se rieron a carcajadas y, aunque Melanie trataba de fingir enfado, a Raina no le pasó desapercibida la mirada que intercambiaron. Hacía mucho que no veía a dos personas tan enamoradas.

De pronto, se dio cuenta de que todos los presentes tenían esa misma mirada, que intercambiaban solo con su pareja. Eran miradas de profundo amor y respeto.

Raina había estado casada durante un año cuando tenía veintidós años. Su marido, Nicholas Sarbanes, era un hombre guapo, rico y simpático. Pero Raina pronto había descubierto que solo quería una mujer trofeo, alguien decorativo con quien pudiera impresionar a su exclusivo círculo de amigos.

Al principio, le había deslumbrado el glamour de aquel ambiente, y se había sentido bien siendo el centro de atención. Pero pronto desapareció el encantamiento y se desvaneció el amor que aparentemente había sentido por ella. Raina no había sido más que una modelo más en la larga lista de todas las que Nicholas había tenido y habría de tener.

Nicholas jamás la había mirado como aquellos hombres miraban a sus esposas.

Ningún hombre lo había hecho. Había habido deseo, pero nunca el tipo de amor que la rodeaba en aquel momento, un amor eterno que solo dos personas podían entender.

—¿Qué es lencería? —preguntó Kevin, mientras se comía un bollo recién hecho.

—Es ropa interior para mujeres —respondió Melanie.

—¡Oh! —Kevin se puso tan rojo como la sandía que había sobre la mesa—. ¿Y

para qué querría alguien ver un desfile de eso?

Todo el mundo se rio pero nadie pareció querer responder al pequeño. La conversación siguió por otros derroteros, y Lucian se encontró metido tanto en las discusiones masculinas como en las femeninas. En estas últimas, atraído por el deseo de averiguar algo más sobre Raina.

Se había pasado toda la noche pensando en ella. Estaba claro que había mucho que pensar. Todavía no se podía creer que habían hecho el amor. Bueno, se lo creía, por supuesto. No tenía ningún motivo para dudar de Raina. Pero no por eso dejaba de parecerle increíble.

¡Menuda suerte había tenido! Había hecho el amor con la mujer más hermosa que jamás había visto y no lo recordaba. ¡Vaya sentido del humor que tenía el destino!

Ella debió pensar que era un auténtico idiota al ver que no volvía ni siquiera a decirle adiós. A pesar de las bromas que había entorno a su fama de mujeriego, la verdad era que nunca había sido promiscuo y mucho menos cruel. No era su estilo.

Tenía muchas preguntas que hacerle y ella había prometido contestarlas. Estaba ansioso de que llegara el momento de estar con ella a solas. Pero con aquella fiesta sorpresa, tendría que tener paciencia y esperar.

De pronto, pasó su atención de Raina a Emma. Era tan hermosa como su madre aunque, al fijarse con más detenimiento, se dio cuenta de que no se parecía a ella. A pesar del pelo oscuro, habría asegurado que a quien se parecía más era a su hermana, especialmente por esos ojos grandes y verdes. Eran iguales que los de Cara… y que los de Gabe y Reese y… los suyos…

Frunció el ceño. El pelo de Emma tampoco era realmente como el de Raina. Era más oscuro, como el suyo.

Lucian miró a Matthew y a Emma, que estaban sentados el uno al lado del otro.

¡Parecían hermanos! O primos…

El corazón comenzó a latirle con fuerza. No podía ser. Emma tenía siete meses y la boda había sido… ¡Encajaba perfectamente!

¡Dios santo!

Se levantó repentinamente sin dejar de mirar a Raina. Ella, que estaba hablando, se calló de inmediato al ver que se dirigía hacia ella. Lo miró confusa y atemorizada.

La tomó del brazo.

—Tenemos que hablar.

—¡Lucian! —dijo Melanie, mirándolo asustada.

Gabe frunció el ceño e hizo un amago de levantarse.

—Gabe, por favor, no intervengas en esto —dijo Lucian muy tenso —. Lo siento, Melanie, pero vais a tener que excusarnos a Raina y a mí un momento.

Melanie abrió la boca para protestar, pero Raina la detuvo.

—No pasa nada, Melanie.

Melanie se contuvo y se dejó caer sobre el respaldo de la silla. Todos los demás los miraban fijamente.

Lucian llevó a Raina del brazo hasta la primera habitación que encontró en el piso de arriba, que resultó ser la de Emma.

Cerró la puerta y se volvió hacia ella.

—Dime, ¿es Emma hija mía?

Capítulo Cinco

Raina sintió que se le paralizaba el corazón. ¿Qué había sucedido? Hacía un momento estaba tranquilamente sentado hablando y, de pronto, estaba allí, delante de ella haciéndole aquella pregunta. No había tenido ni tiempo de asimilar el cambio.

Parpadeó, incapaz de hablar.

—¿Lo es? —insistió él.

Ella se apartó de él.

—No creo que este sea el momento de hablar de ese tema.

—Lo es, ¿verdad? —la estaba mirando fijamente, con un cierto gesto de incredulidad en los ojos—. Cuando me dijiste anoche que nos habíamos acostado juntos, debería haberme dado cuenta. No hace falta ser un genio para contar los meses y…

—Lucian, yo…

—Tiene mis ojos y mi pelo —se llevó la mano a la sien—. Tiene todas las características de un Sinclair, y no lo he visto hasta ahora. Maldita sea, Raina, ¿por qué no me lo dijiste?

—¿Cuándo? —dijo ella indignada—. ¿A la mañana siguiente al despertarme y ver que te habías marchado sin ni tan siquiera decir adiós? Supongo que no habría sido fácil, porque no sabía que estaba embarazada, ¿sabes?

—Podrías haber…

—¿Qué? ¿Podría haberte llamado? —lo miro con más ira aún—. Para tu información te diré que te llamé. Y ni siquiera supiste quién era. «¿Raina» ¿Qué Raina?», me preguntaste. ¿Tienes idea de cómo me sentí?

—Por favor, no lo recordaba, porque no podía recordarlo —dijo él levantando las manos con frustración.

—¿Podrías bajar un poco la voz? —le rogó ella—. Lucian, no soy clarividente.

Como Melanie no me contó nada, no había modo de que yo supiera lo del accidente.

Lo único que sabía era que estaba en Italia, soltera, embarazada y que el padre de mi hija no podía ni tan siquiera recordar mi nombre. Hice lo que tenía que hacer.

El comenzó a moverse de un lado a otro.

—¿De verdad crees que era lógico que llamara a mi mejor amiga y la pusiera en mitad de una situación como esta? ¿Decirle que era la madre del hijo de su cuñado, con quien me había acostado una noche y quien me había dejado bien claro que no quería ningún tipo de compromiso? Por primera vez en su vida, Melanie era realmente feliz.

Lucian se detuvo.

—Pero yo tenía derecho a saber que era padre.

Raina cerró los ojos y bajó la cabeza.

—Después de aquella llamada y una vez que Emma estuvo en mis brazos, decidí que no iba a decírtelo. Pero luego… —hizo una pausa para elegir las palabras más adecuadas—. Me di cuenta que debía hacerlo. Yo no tengo familia. Si algo me ocurriera a mí, Emma se quedaría sola. Ese pensamiento me horrorizaba.

—¿Me lo ibas a decir porque era necesario, no porque yo querría saberlo?

—Aquella noche los dos dejamos muy claro que no estábamos buscando una relación —dijo ella—. Nada de planes de boda ni de niños. ¿Por qué iba yo a pensar que eso habría cambiado?

La noche había comenzado así pero, al menos para ella, no había acabado igual.

Se había enamorado locamente de él.

Y, poco después, él había desaparecido.

—Lucian —suspiró ella—. No tenía ni idea de lo que tú querías, pero, en el momento en que supe que estaba embarazada, quise a ese bebé que llevaba dentro más que a nada en el mundo. Emma es mi vida.

Él se tensó, pero no dijo nada.

El sonido del llanto de Emma los trajo a los dos de vuelta al mundo real.

Lucian se alejó de ella sin dejar de mirarla con aquellos fríos ojos verdes durante un momento. Finalmente, se dio la vuelta y salió.

Raina se tomó su tiempo a fin de poder recobrar la respiración.

Al oír el coche de Lucian alejándose, el corazón le dio un vuelco.

Ante el insistente llanto de Emma, no tuvo más remedio que decidirse a bajar y a enfrentarse a la familia de Lucian.

Respiró para recabar fuerzas, alzó la barbilla y se dirigió al comedor.

Estaba todo el mundo en su sitio, excepto Kevin y Gabe. La miraron nada más entrar.

—Lo siento… —empezó a explicarse ella, sin saber lo que iba a decir—. Lucian y yo…

—No hace falta que digas nada —Melanie se puso de pie con una agotada y revoltosa Emma en brazos—. Lo siento. Lo apagamos en cuanto nos dimos cuenta, pero ya habíamos oído…

Confusa, Raina miró en la dirección que Melanie señalaba.

¡Cielo santo! ¡El monitor del cuarto de Emma había estado encendido!

Miró a todo el mundo. No sabía cuánto habrían oído pero, sin duda, había sido bastante.

Se hizo un silencio tenso.

Reese lo rompió.

—Bueno, esto ha sido lo que yo llamo una fiesta sorpresa.

Lucian sacó un clavo de la bolsa del cinturón de trabajo, lo colocó sobre la madera y lo golpeó. El clavo entró hasta dentro de un solo martillazo. Acto seguido, maldijo, agarró otro clavo, lo golpeó. Y maldijo de nuevo.

Había estado haciendo lo mismo durante casi dos horas.

«Soy padre».

«Tengo una hija». «Emma es mi bebé».

Padre, hija, bebé.

Le había llevado dos horas de intensos golpes sobre varios clavos asumir realmente aquella información. Era el padre de Emma.

Inspiró con fuerza y puso el martillo de vuelta en el cinturón.

Se pasó la mano por la cara. A penas si había tenido tiempo para asimilar la bomba de que se había acostado con ella, cuando otra bomba más grande le había caído encima. Hacía siete meses que era padre.

—Maldición —le dio una patada a un trozo de madera. Debería habérselo dicho, él tenía derecho a saberlo.

Le había dado muchas vueltas, había tratado de poner las cosas en su sitio, de entender lo que había sucediendo. Pero le resultaba complicado porque no podía recordar nada de lo ocurrido la noche que habían pasado juntos.

Trató de ponerse en el lugar de ella, de verlo todo desde su punto de vista.

Habían hecho el amor. Ella pensó que él la había dejado allí tirada sin ni tan siquiera despedirse. Después había descubierto que estaba embarazada. Lo había llamado y él ni siquiera se acordaba de su nombre. Como consecuencia de todo eso, ella había decidido criar sola a la niña, asumiendo que él no la quería.

Pero por mucho que intentaba verlo así, lo que realmente le venía a la mente era que Emma era su hija.

Raina podía pensar lo que quisiera de él, pero de ahí a haberlo apartado de su hija. Una vez más sintió rabia.

¡Maldición! Si al menos pudiera recordar algo de lo sucedido.

Según ella, él le había dejado claro que no quería una relación, ni tener hijos. No le cabía duda de que todo eso era verdad. Todavía no había conocido a ninguna mujer que le hubiera hecho plantearse en serio la posibilidad de llegar juntos hasta el altar.

Pero también era cierto que nunca antes había conocido a una mujer como Raina. Desde el momento en que la había visto en el aeropuerto, hacía ya dos días, había sentido que había algo especial en ella, algo que iba mucho más de una cara bonita y un cuerpo de ensueño. Se había sentido atraído por ella de un modo único.

Y todavía lo sentía.

Pero tenía que dejar aquellos sentimientos a un lado de momento y pensar con claridad.

Después de dos horas golpeando clavos había logrado calmarse un poco y aclarar la mente. Pero todavía no sabía cómo solucionar todo aquello, ni qué decir.

Solo sabía que Raina y él tenían que hablar.

Emma era su hija, y ningún Sinclair dejaba abandonado a un ser de su propia sangre.

—Volverá, Raina, no te preocupes. Solo necesita un poco de tiempo —dijo Melanie apagando el fuego y echando agua hirviendo en la taza para preparar un té

—. Por favor, tranquilízate.

—Han pasado ya dos horas —Raina miró al reloj sin dejar de moverse de un lado para otro—. Emma se despertará de la siesta de un momento a otro. No quiero que llegue aquí como una fiera y la asuste.

—No hará eso —dijo Melanie—. Pero te prometo que le daré con una sartén en la cabeza si lo hace. Ahora siéntate.

Raina obedeció, no sin reticencias. Aquella espera la estaba matando.

Jamás había sentido tanta vergüenza como al tener que enfrentarse a toda la familia de Lucian después de lo que habían oído.

Por suerte, después de que Reese rompiera el incómodo silencio que se había creado, todo el mundo empezó a hablar sin parar.

Los hombres no sabían muy bien cómo reaccionar a todo aquello. Pero las mujeres rápidamente se le habían acercado y la habían abrazado. A pesar de las circunstancias, todas parecían felices de tener un miembro más en la familia. No hubo veredictos, ni críticas. Raina había visto las preguntas en sus ojos, pero no las habían formulado.

Los Sinclair eran una gente estupenda.

Finalmente, se habían marchado todos, dejando a Raina sola en casa con Melanie.

Raina acabó contándole a Melanie todo lo sucedido.

—¿Quieres tomar algo? —le preguntó Raina—. Estás pálida.

Raina agarró la taza que Melanie le había puesto delante. Le dio un sorbo a la hierbaluisa. —Lo siento, Melanie —dijo Raina mirando la columna de vapor que se alzaba desde el líquido humeante—. Lo último que quería es que tú te preocuparas.

—Raina, deja de disculparte, por favor.

—Melanie, te aseguro que pensaba contarte lo que había sucedido entre Lucian y yo. Pero vine aquí para tu fiesta, no para traeros a ti y a tu familia problemas.

—¿Cómo puedes considerar a esa preciosidad de hija que tienes un problema?

Raina parpadeó y se quitó las lágrimas de los ojos.

—Sí que es preciosa, ¿verdad?

—Pues sí —dijo Melanie con una sonrisa—. La verdad es que yo sospeché algo.

Raina levantó la vista.

—¿Lo sospechaste? Pero, ¿cómo?

—Cuando os vi a Lucian y a ti el otro día, me di cuenta de cómo lo mirabas y de que había algo importante que no me estabas diciendo.

—¿Era tan obvio?

Melanie sonrió.

—Como Lucian dijo, no hay que ser un genio para darse cuenta del parecido.

Además, puede que él no hiciera las cuentas rápidamente, pero yo sí. Y hay algo más, algo que me ha tenido muy confusa hasta hoy.

—¿Qué?

—En el dormitorio de invitados no ha dormido nadie desde que tú estuviste.

Pero, cuando lo estaba preparando para ti el otro día, me encontré esta nota. Raina miró el pequeño trozo de papel que Melanie tenía en la mano.

Volveré en seguida. Por favor, no te vayas. Lucian.

De pronto, Raina se quedó sin respiración. ¿Le había dejado una nota? Y ella que pensaba que se había ido sin decir nada.

No se podía mover, ni podía respirar. El corazón le latía a toda velocidad. Así que tenía intenciones de regresar.

Las palabras se repetían una y otra vez en su cabeza.

«Por favor, no te vayas».

Las manos le temblaban. Así que, después de todo, le había dejado una nota.

—Estaba dormida cuando él se marchó —susurró Raina—. Nunca antes había visto esta nota.

—Se había caído entre la cama y el cabecero —Melanie agarró a Raina de la mano—. ¡Oh, Raina, si me lo hubieras dicho antes! ¡Todo lo que has debido pasar sola!

—Emma me ha compensado por cada segundo de dolor —Raina cerró los ojos

—. Hasta que no tienes a tu bebé en brazos no sabes lo que es. Nada en el mundo te importa tanto. Uno puede sobrevivir a cualquier cosa, si tiene a su bebé consigo.

—Eso ha quedado muy claro.

Raina se sobresaltó al oír la voz de Lucian que estaba en la puerta de la cocina.

Lentamente, se aproximó a ella y le quitó la nota que tenía en la mano.

—Bueno… —dijo Melanie—. Creo que necesitáis hablar. Será mejor que me vaya arriba.

—Melanie, no tienes que…

—Gracias, Melanie —la cortó Lucian—. Te agradecemos que nos dejes solos.

En el momento en que Melanie salió de la cocina, Lucian se sentó justo al lado de Raina. Su cercanía hizo que se estremeciera. Su olor profundamente masculino inundó sus sentidos.

—Siento haberme ido como lo hice.

—¿En cuál de las dos ocasiones? —preguntó Raina.

Lucian se tensó. Luego se inclinó sobre ella.

—Me he pasado dos horas dando martillazos para calmarme y poder tener una conversación pacífica. Pero te aseguro, Raina, que no he conseguido tranquilizarme.

—Lo siento. No te merecías ese comentario —admitió ella—. Estoy un poco nerviosa. Esto no es fácil para ninguno de los dos.

Él suspiró pesadamente.

—Raina, necesito saber exactamente qué pasó aquella noche.

«Que me enamoré locamente de ti», querría haber dicho. Pero no lo hizo. No era eso lo que él le estaba preguntando, ni lo que quería oír.

—Descargamos los regalos —dijo ella—. Y empezó a nevar. Te pregunté si querías café. Me dijiste que sí. Minutos después… ya estábamos en la cama.

—De todas las cosas que ocurrieron, esa es la única que no me sorprende —dijo él.

El grave y seductor tono de su voz y el leve roce de su rodilla contra la de ella le impedían pensar claramente. No cabía duda que la atracción física entre ellos era realmente fuerte. Esa era exactamente la razón por la que se había mantenido a distancia al principio.

—Raina —la miró fijamente—. Nunca he sido descuidado cuando he practicado el sexo. No puedo creerme que pasáramos toda la noche juntos y no usáramos protección.

Ella se ruborizó. Sabía que esa pregunta llegaría en algún momento, pero eso no hacía que fuera fácil de responder.

—Claro que usamos protección —bajó la cabeza—. Pero en algún momento…

bueno, fue más que… —cerró los ojos—. Fue una noche muy larga, Lucian. Supongo que en algún momento no tuvimos tanto cuidado como deberíamos haber tenido.

—Ya…

No se atrevía a mirarlo a los ojos, no podría haber soportado una mirada de arrepentimiento. Porque, independientemente de lo que estuviera sucediendo en aquel momento, ella nunca dejaría de

alegrarse de tener a Emma.

—Durante dos meses, creí que el agotamiento que sentía era causado por el exceso de trabajo. Pero al tercer mes me di cuenta de que no era eso. Me hice una prueba en la farmacia, y resultó que estaba embarazada.

—¿Y me llamaste?

Ella asintió.

—Me daba miedo hacerlo. Pero pensé que debías saberlo.

—Y yo no te reconocí —dijo él con un suspiro.

—Exacto.

Él no dijo nada durante unos segundos. Luego se levantó y se dirigió hacia el fregadero. Una vez allí, se volvió a mirarla. Tenía una expresión sombría.

—Según veo, solo hay una solución para este problema.

Ella lo miró confusa.

—Nos casaremos —dijo él.

Capítulo Seis

Lucian vio cómo la expresión de Raina pasaba de la confusión al desconcierto.

Era de esperar. Él era el primer desconcertado.

—¿Qué has dicho?

—Podemos conseguir la licencia mañana por la mañana, hacernos los análisis de sangre justo después e ir al juez de paz cuanto antes.

Ella lo miraba como si le acabara de salir una segunda nariz.

—¿Te has dado con el martillo en la cabeza o algo así? O quizás el accidente después de la boda te ha dejado tarado.

Él había esperado por su parte cierta reticencia, pero jamás sarcasmo.

—Sé que todo esto te está pillando desprevenida. Admito que es una idea a la que uno tiene que hacerse y lleva su tiempo, pero si lo piensas te darás cuenta de que es la única opción razonable.

—¿La única opción razonable?

—Sí.

Ella hundió la cabeza entre las manos y le dio la sensación de que estaba llorando.

¡Dios santo, no había sido su intención hacer que se pusiera así!

—Raina, es por el bien de Emma. Tenemos que pensar en ella —de pronto se detuvo perplejo—, ¿Te estás riendo?

Ella levantó la cabeza y agitó la mano haciéndole una señal de que necesitaba un poco de tiempo. Una estrepitosa carcajada lo llenó todo.

Él se cruzó de brazos.

—¿Ya has terminado? —dijo indignado.

Ella trataba de parar y recuperar la compostura.

—¿De verdad crees que casarme contigo sería algo razonable? Eso es lo más ridículo que he oído en mi vida.

—¿Por qué? —preguntó él—. Por qué es ridículo.

—Estamos en el siglo veintiuno. Las bodas de «penalti» ya no se llevan.

—Nadie me está poniendo una pistola en la cabeza para que lo haga, maldita sea. Emma es mi hija y solo quiero hacer lo correcto.

—Podemos hacer lo correcto sin tener que casarnos, Lucian. Llegaremos a un acuerdo. No hace falta llegar al «sacrificio supremo».

—¿Quién demonios está haciendo un sacrificio supremo? —gritó él —. Si tú…

El sonido de la pequeña Emma dormida se escuchó a través del monitor. Raina apretó los labios, se levantó y se aproximó a él, quedándose a solo unos centímetros.

—Durante los primeros diez años de mi vida día tras día no hice sino escuchar los gritos e insultos de mis padres. No pienso tolerar que

nadie grite en la misma casa en la que esté mi hija, ¿entendido? Frustrado, la miró fijamente. Finalmente, suspiró.

—Escucha, todavía estoy tratando de encontrar mi puesto en todo esto. Pienses lo que pienses de mí, tener una niña no es algo que me pueda tomar a la ligera.

Emma no es solo hija tuya, sino que también es mía. Eso significará algo, ¿no?

Poco a poco la tensión fue desapareciendo.

—Lucian —dijo ella—. Admito que, cuando llegué aquí hace dos días, pensaba que no eras una persona precisamente admirable. Pero de haber sabido que habías dejado una nota y que habías tenido un accidente, las cosas habrían sido de otro modo. No obstante, todo eso es algo que no podemos cambiar y lo que tenemos que hacer ahora es solucionar los problemas presentes.

—De acuerdo, admito eso —dijo él—. Pero dame una razón por la que no debamos casarnos.

Ella resopló exasperada.

—¿Has oído algo de lo que te he dicho hasta ahora? Podría darte una docena de razones.

—¿Estás viviendo con alguien?

—Claro que no.

—¿Sales con alguien?

—No tengo ninguna relación seria.

—Yo tampoco.

Ella lo miró incrédula.

—¿Y piensas que porque no estamos con nadie deberíamos casarnos?

—No. Creo que deberíamos casarnos por el bien de Emma. No quiero que nadie señale a mi niña con el dedo.

—Hoy en día no es un problema ser hijo de una madre soltera —dijo ella.

—Y yo aplaudo y respeto a las mujeres que sacan a un hijo ellas solas adelante.

Pero yo quiero que mi hija lleve mi apellido.

Ella negó con la cabeza.

—Tú y yo no nos amamos, Lucian. ¿Qué clase de matrimonio iba a ser, con dos personas que no tienen nada en común?

—Podemos llegar a conocernos —él sintió el suave olor de su piel, el calor que emanaba—. Y está claro que sí tenemos algo en común.

—No creo que el sexo sea algo a considerar en estos momentos —dijo ella—.

Todo esto es por Emma.

—Y es de ella exactamente de quien estoy hablando. Ella es lo que tenemos en común…

—Oh… ya…

—Pero, ya que has sacado el tema —dijo él aproximándose lentamente a ella—.

Hablemos de eso también…

—No hay nada que hablar.

—¿Seguro?

—Vamos, Lucian, si no fue más que la aventura de una noche… —dijo ella.

Él sonrió y deslizó suavemente el dedo por el cuello de su camisa. Ella sintió inmediatamente un deseo que la inflamaba.

—¿Seguro que no fue más que la aventura de una noche? —murmuró él—. ¿No crees que, quizás, hubo algo más?

Lentamente, descendió hasta el primer botón atado. Raina sintió que el deseo que se intensificaba. Entreabrió los labios seductoramente.

—Algo me dice que esto fue exactamente lo que ocurrió la primera vez —

continuó él—. Los dos nos negábamos a admitir lo que sentíamos, hasta que ya no pudimos más. ¿Fue así?

—No —dijo Raina poseída por el pánico.

Él acercó lentamente su boca a la de ella.

—Creo que eso que me acabas de decir es una mentira —le susurró.

Ella parpadeó, pero se quedó inmóvil.

—No, Lucian. Lo que sí sería una mentira sería un matrimonio entre nosotros.

El cerró los ojos y retrocedió.

—¡Maldita sea! Eso no es cierto. Podríamos…

—No —dijo ella—. No podemos. Yo voy a estar aquí durante cuatro días.

Quiero ser todo lo justa que me sea posible contigo. Podemos hacernos un calendario de visitas para que veas a Emma cuanto quieras. Espero que podamos hacer esto sin abogados.

¿Calendarios, abogados? Él quería decirle exactamente lo que pensaba. Pero decidió que en situaciones como aquella era mejor no hacerlo.

—De acuerdo —dijo él bruscamente.

—Ahora me voy a ver a Emma —dijo ella.

Pero al encaminarse hacia la puerta, él la sujetó del brazo.

—Me he perdido ya siete meses de la vida de mi hija —dijo él—. Dime qué hay de justo en eso.

—Siento mucho que haya sido así, Lucian —le dijo ella, y él se dio cuenta de que lo decía con sinceridad.

Él maldijo en silencio y la dejó marchar. Se quedó mirando la

puerta cerrada durante un rato, conteniendo las ganas de seguirla.

¡Aquella mujer era una terca!

Pero, aunque hubiera ganado el primer combate, todavía estaba por ver cuál sería el resultado final.

—Mira ahí llega mamá —dijo Melanie que acababa de sacar a Emma de la cuna.

La pequeña agitó las piernecillas al ver a su madre.

—Hola, cariño —dijo Raina tomándola en brazos—. ¿Has dormido bien?

La sonrisa de su hija era el mejor antídoto contra los problemas, le quitaba todo estrés y le hacía olvidarse de los problemas.

En aquel momento, necesitaba desesperadamente una.

Puso a la niña sobre la cama y Melanie le dio un pañal. Raina se dispuso a cambiarla.

—¿Y bien? —le preguntó su amiga.

—Quiere que nos casemos —le dijo Raina con una voz contenida y calmada que a ella misma le sorprendió—. ¿Puedes pasarme esa camiseta que hay en la cesta de los pañales?

—¿Me estás diciendo que Lucian Sinclair, mi cuñado, el soltero por excelencia, quiere casarse contigo, y todo lo que tú me dices es «puedes pasarme esa camiseta»?

Raina, por favor, ¿qué le has respondido?

—Que no.

—Bueno, eso era de esperar —dijo Melanie—. ¿En qué estaba pensando para hacerte semejante propuesta?

—En Emma —dijo Raina, que acababa de cambiarle el pañal—. Quiere darle su apellido. Para que «nadie la señale con el dedo».

—¿Y solo por eso quiere casarse? —dijo Melanie.

—Si lo miras bien, tiene cierto sentido —la idea de que su hija pudiera ser el centro de habladurías le desagradaba—. Esa es la única razón por la que podría llegar a pensar en aceptar.

—¿Me estás diciendo que estás considerando la idea?

—No, claro que no —dijo Raina, pero no sin cierta duda en su voz. ¿Y si Lucian tenía razón, y si a la larga su situación pudiera perjudicar a Emma?—. Le dije que podía pasar con Emma todo el tiempo que quisiera, y que podríamos hacernos un plan de visitas.

—¡Puedo imaginarme lo mal que debió sentarle eso! —dijo Melanie.

—Sí, le sentó muy mal —asintió Raina—. Pero al final, accedió.

—No estés tan segura, Raina —dijo Melanie—. Los Sinclair son tremendamente insistentes y persuasivos cuando tienen algo en mente. Créeme. Lo sé.

—Pero entre tú y Gabe es diferente. Los dos os queréis. Lucian y yo apenas nos conocemos.

Melanie se rio.

—Sí, sí, sigue diciéndote eso, cariño. Quién sabe, puede que incluso llegues a creértelo.

Al oír la voz de Kevin que llamaba desde abajo, Melanie se encaminó hacia la puerta.

—Tengo que bajar antes de que mi marido y mi hijo decidan tomarse un trozo de pastel del tamaño de un coche como aperitivo antes de la cena. Baja cuando estés lista.

Raina frunció el ceño pensativa. ¡Claro que podía resistirse a Lucian Sinclair!

Pero tenía que reconocer que había tenido un momento de debilidad en la cocina, al sentir su dedo deslizándose por su cuello. Luego la cercanía de su boca…

Su piel se había estremecido. La imagen de un tiempo pasado le vino a la mente.

Aquella noche la había besado toda, la había acariciado toda. Y se había metido tan dentro de su mente que durante meses había deseado su piel y sus labios.

Tenía razón. Ella había mentido. Lo ocurrido aquella noche había sido tal y como él lo había descrito. Habían huido el uno del otro hasta que una fuerza única los había arrastrado al uno en brazos del otro.

Y lo peor de todo era que esa misma fuerza seguía aún presente. La tensión iba creciendo por momentos y amenazaba con salir si no tenía cuidado.

«Entonces, tendré cuidado», pensó ella y salió de la habitación, resuelta a bajar.

Pero, al oír la voz de Lucian, reparó en que todavía estaba allí. No se había ido.

El pulso se le aceleró. «Mucho cuidado…», se repitió una vez más. Respiró profundamente, y bajó las escaleras.

Una cosa era jugar cinco minutos con un bebé y otra muy distinta bañarlo y cambiarle el pañal.

Lucian sintió un ataque de pánico al mirar a la pequeña Emma que estaba tumbada sobre el cambiador. Cielo santo, sentía más miedo que la primera vez que se había lanzado en paracaídas desde un avión.

Se había vuelto loco al sugerirle a Raina que le permitiera ocuparse de Emma después del baño. Había visto en su mirada la preocupación, pero le había asegurado una y otra que era perfectamente capaz de hacerlo.

Pues bien, ya no estaba tan seguro.

Se las había arreglado para meterle un brazo por la diminuta camisa, pero no sabía qué hacer con el segundo. Y, respecto al pañal, sabía que había algo definitivamente mal hecho, pero no acertaba a

saber qué.

—¿Necesitas ayuda? —le preguntó Raina que estaba detrás de él.

Él la miró por encima del hombro. Allí estaba, en el vano de la puerta, con un biberón en la mano. En su mirada había una mezcla de sorna y preocupación.

—Está al revés —le dijo ella aproximándose.

—Sé cómo poner una camisa. Lo hago todos los días —se defendió él—. La etiqueta va para atrás.

—Me refería al pañal.

—Ah… —miró para abajo. Así que ese era el problema.

—Y sería más fácil si le metieras la cabeza por el cuello de la camiseta antes que los brazos. Es una niña bastante dulce, pero de vez en cuando pierde la paciencia.

Llega un momento en la vida de todo hombre en la que ha de reconocer que lo han vencido. Aquel era, definitivamente, uno de esos momentos.

—Habría llegado a aprender cómo se hacía —farfulló Lucian entre dientes.

—Sí, pero a los diez años ya no llevan pañales —respondió ella con dulzura.

—Ja, ja —respondió él, apartándose un mechón de pelo de la frente—. Con dos años me habría sido suficiente.

Lucian observó a Raina mientras vestía hábilmente a la pequeña Emma. Al llegar al pijama admitió definitivamente que, de haber sido él quien se lo ponía, le habría provocado un trauma de por vida a la criatura.

—Así que tiene mi personalidad, ¿no es así? —preguntó él mientras Raina le metía el pie por el pantalón del pijama.

Raina lo miró confusa.

—Has dicho que era una niña dulce.

Tras el comentario de Lucian, Emma hizo una pedorreta.

—Bueno, sí, hay alguna que otra similitud —dijo Raina mirando a su hija.

Lucian no pudo sino sonreír y miró encantado a su hija. Su hija…

Las palabras le resultaban tan extrañas y, sin embargo, Emma no lo era.

Lucian se había quedado a cenar. Luego, él y la niña habían estado jugando en el suelo del salón. En muchas ocasiones había estado con bebés, pero jamás se había sentido tan encandilado. Todo lo que Emma hacía lo fascinaba. Le parecía que la niña era brillante.

—Hora de dormir, cariño —Raina tomó a Emma en brazos, le dio un dulce beso en la mejilla y recuperó el biberón que había dejado sobre la mesa.

—¿Crees que me dejaría darle el biberón? —preguntó Lucian.

—No estoy segura. Nunca ningún hombre le ha dado el biberón antes de irse a la cama.

Aquellas palabras le produjeron a Lucian un tremendo placer. Odiaba la idea de que otro hombre hubiera tenido a su hija en brazos como él la tenía. Era extraño pero, aunque solo hacía doce horas que sabía que era padre, la sentía como suya.

La cuestión era que también sentía eso hacia la madre.

No le gustaba la idea de que otro hombre estuviera con ellas a la hora de dormir…

Raina le puso la niña en los brazos y luego le pasó el biberón.

—Siéntate aquí, en la mecedora.

Así lo hizo, y se acomodó a Emma en el regazo. La niña agarraba el biberón con las manos y emitía dulces sonidos.

—Seguramente, se quedará dormida antes de terminar toda la leche —dijo Raina mientras se dirigía hacia la puerta—. Luego la dejas en la cuna y la tapas con la manta.

—Raina, quédate —Lucian le señaló con la cabeza el taburete que había junto a la mecedora—. Quédate con nosotros. Quiero que me cuentes cosas sobre ella.

Raina dudó un momento, pero finalmente se sentó a su lado.

—¿Qué quieres saber?

—Todo —miró al bebé y comprobó que poco a poco se le iban cerrando los ojos

—. Quiero saber cuánto pesó al nacer, qué le gusta y qué no, si duerme toda la noche, si…

—Un momento. Poco a poco.

Con Emma dormida en brazos de Lucian, Raina fue contestando una a una a las preguntas que él le hacía.

Cada pregunta que ella le contestaba y cada historia que le contaba fueron haciendo que la sintiera más y más suya, pues lo acercaban más a la realidad de aquel pequeño ser.

Para cuando llegó el momento de ponerla en la cuna, con Raina a su lado, ya sabía que no había posibilidades de retorno. Emma era su niña, su hija. Y llevaría su nombre.

Capítulo Siete

—Así, quédate así. No, espera, muévete hacia la izquierda.

Raina contuvo la protesta que llevaba queriendo soltar desde hacía un rato.

—Espera, espera, para ahí. Eso es, eso es. Ahora, sonríe.

Raina maldijo en varias leguas pero, finalmente, sonrió. Quería que aquello terminara cuanto antes.

Un nuevo padre con una cámara nueva era algo difícil de soportar.

Lucian había llegado a casa de Gabe y Melanie hacía una hora, había agarrado a Emma y a Raina y se las había llevado al jardín. Después de poner a la pequeña en una manta sobre la hierba, con unos juguetes que le había ido comprando durante los últimos dos días, se había puesto a hacer fotos.

Ya llevaba unos cuatro rollos de película y todavía su entusiasmo no había decaído.

A Raina no le habría importado tanto lo de la sesión fotográfica de no ser porque él había insistido vehementemente en que ella también apareciera. A pesar de todos los argumentos esgrimidos para librarse de posar, la tenacidad de él le había hecho ganar la batalla. No le había permitido cambiarse de ropa ni tan siquiera ser ella la que tomara una de las fotos. Si había una cosa que caracterizaba a Lucian Sinclair era su capacidad de meterse de lleno en cuanto hacía. Eso era algo que ella admiraba, pero también temía.

Durante los pasados dos días desde su última conversación sobre matrimonio, él no había vuelto a sacar el tema. Tampoco había hablado nada sobre el régimen de visitas o sobre lo que iba a suceder cuando se marcharan. Se había limitado a jugar sin parar con su hija, a preguntar todo tipo de detalles sobre ella y a bañarla y a vestirla.

Aunque evadir un tema escabroso era siempre un alivio, Raina encontraba todo aquello muy sospechoso. Estaba haciendo que aquello resultara fácil… Demasiado fácil. Y eso la ponía nerviosa.

—Perfecto —dijo Lucian desde el borde de la manta, sonriendo a su hija mientras agitaba un perro de peluche llamado Blue—. Voy a hacerle una foto con Blue en las manos.

—Ya le has hecho una foto con Blue en las manos —le dijo Raina secamente—.

Cinco o seis veces. Deberíamos entrar en casa.

—¿Por qué? —sacó un nuevo rollo de película—. El cielo está azul, hay una agradable y dulce brisa cálida. ¿Qué puede haber mejor que esto?

Ese era el problema. No podía pensar en nada mejor. Y Emma no era la única que se estaba divirtiendo. Ella también estaba pasando un rato más que agradable. Y

eso era algo muy peligroso. Cuanto más tiempo pasara con Lucian, más duro se le haría marcharse.

Y también más difícil le resultaba mantener las distancias…

Él se había comportado como un perfecto caballero con ella durante los pasados dos días. Había estado simpático, divertido, atento. En ningún momento había mencionado la noche que hicieron el amor, ni le había hecho preguntas indiscretas.

Tampoco había mostrado un especial interés sexual en ella.

Todo aquello la confundía y la frustraba.

Cada vez que él se le acercaba, o la rozaba por casualidad, algo se le removía por dentro. Solo con que la mirara se sentía poseída, intoxicada y las rodillas le flaqueaban. Y luego estaba su sonrisa…

En aquel instante, sonrió.

Raina se alegró de estar sentada con Emma, pues eso evitaba que se cayera. Le parecía increíble que con tan poco pudiera afectarla de aquella manera.

—¿Qué? —preguntó ella con más intransigencia de la que esperaba mostrar.

Él se sentó junto a ella, y agarró a Emma.

—Me estaba preguntando si les ponías tantos problemas a los fotógrafos de las revistas para las que solías posar.

Ella hizo un gesto de impaciencia.

—Si crees que estoy poniendo problemas, tienes que venir a ver a las chicas con las que yo trabajo y entonces entenderás lo que es alguien difícil. Y, en cualquier caso… —se levantó el pelo de la nuca y disfrutó de una ráfaga de aire fresco sobre el cuello—. De eso hace mucho.

—¿Por qué lo dejaste? —preguntó Lucian—. Todo ese lujo y glamour…

Ella no pudo por menos que reírse.

—Ocho horas en bikini, en la cima de una montaña nevada o seis horas a cuarenta y cinco grados con un abrigo de visón hacen que todo el glamour se esfume.

Sonriendo, Lucian comenzó a balancear a Emma en sus piernas.

—Melanie dice que, si hubieras seguido, habrías llegado a ser tan reconocida como Naomi o Cindy.

—Melanie es mi amiga y me quiere. Por eso dice esas cosas de mí —apartó la mirada y arrancó una pequeña flor silvestre, con la que acarició suavemente la mejilla de su hija.

—¡Hola! —dijo la voz de Melanie desde dentro de la casa.

Gabe y ella se habían ido al médico justo antes de que Lucian llegara. Al parecer, ya habían vuelto.

—¡Estamos aquí! —gritó Lucian y les tomó una foto a Gabe y a Melanie mientras atravesaban el jardín.

Nada más llegar, Gabe tomó a Emma en brazos y esta se rio a carcajadas.

Lucian aprovechó para hacer otra foto.

—¡Vaya! —dijo Melanie mirando a la nueva cámara—. Parece que alguien se ha comprado un nuevo juguete hoy.

—¿Qué tal en el médico? —preguntó Raina.

—Al parecer todo va bien —dijo Melanie acariciándose el vientre —. Ya me queda poco.

—Me alegro de que así sea, porque si le engorda más la tripa voy a tener que ampliar el hueco de las puertas.

—¿Por qué crees que me casé contigo? —bromeó Melanie—. Nunca se sabe cuándo una va a necesitar un buen carpintero o un mecánico. Como Bill el de el garaje ya estaba casado, solo me quedabas tú.

—Y yo que pensaba que te habías casado conmigo por lo guapo que soy y el maravilloso sentido del humor que tengo —dijo Gabe.

—Si hubiera sido eso lo que quería, se habría casado conmigo —dijo Lucian, tomando otra foto en el momento en que Gabe lo miraba.

—Vamos, cosita —dijo Melanie tomando a la pequeña Emma de brazos de su esposo—. Nosotras tenemos hambre, ¿verdad, cariño?

Melanie se encaminó hacia la casa y Gabe la siguió. Cuando Raina se levantó con intención de ir tras ellos, Lucian la detuvo.

—Espera.

—Más fotos no, por favor.

—No quiero fotos. Quiero hablar contigo.

A Raina el pulso se le aceleró. Miró la mano con la que él le estaba sujetando el brazo, y se estremeció.

—¿Sobre qué?

—Tú lo sabes.

—De acuerdo. Adelante.

—Aquí no, Raina —le dijo sin apartar los ojos de ella—. Vamos a algún lugar donde podamos estar solos.

No hablaron durante el trayecto desde casa de Gabe y Melanie. Finalmente, Lucian aparcó el coche. Sabía que Raina estaba nerviosa, pero no sabía si era porque iban a hablar de Emma o por estar a solas con él. Sospechaba que era por las dos cosas.

Ni siquiera le había preguntado a dónde iban. Se había limitado a sentarse a su lado, con la espalda rígidamente derecha y la mirada fija en la carretera, como si se estuviera preparando para lo peor.

—Quizás debería llamar a Melanie, para ver cómo está Emma —dijo en cuanto se bajó del coche.

—Emma está perfectamente, Raina. Y Gabe va a estar con ellas toda la tarde.

Así que deja de preocuparte.

Ella frunció el ceño, pero su gesto pronto se transformó en sorpresa. Estaba ante la estructura de una casa. Lo miró interrogante.

El se encogió de hombros.

—¿Es tuya? —preguntó ella.

—Mía y del banco, pero sobre todo mía. Ya casi he terminado la estructura externa —la tomó del brazo—. Ven te la voy a enseñar.

Él mismo había diseñado la casa. Era de un estilo moderno mezclado con el clasicismo rústico de un rancho.

—Ahora que he terminado un proyecto y todavía no he empezado con el siguiente voy a dedicarme a las ventanas.

—¿Es así como te la estás construyendo, en tus ratos libres?

—Más o menos —abrió la puerta de entrada—. Tú primero.

Nada más entrar oyó el resonar de sus zapatos sobre la tarima del suelo.

—¡Esto es enorme! —exclamó ella.

—Sí, la verdad es que sí. Creo que me excedí un poco en el tamaño.

Pasó de la entrada al salón y luego a la cocina. Su rostro de sorpresa se transformó en admiración.

—¡Lucian! —dijo acercándose al hueco de la ventana—. La vista es increíble.

—¿Verdad que sí? —dijo él sin falsa modestia y se acercó a ella—. Desde el salón y el dormitorio principal también se ve el bosque.

Una brisa fría agitó los cabellos de Raina, y ella se estremeció.

—Esto es precioso.

«Tú eres preciosa», quiso decir él, pero sabía que no debía. Por fin había bajado las defensas y no quería estropear aquel momento.

Ella lo miraba con tal placer que él sintió que algo se le encogía dentro del pecho. Quería desesperadamente tomarla en sus brazos, allí mismo, con el viento enredando su pelo y el frío helando sus labios. Quería calentar su boca, oír su nombre susurrado y sentir sus manos sobre la piel.

Pero se limitó a meterse las manos en los bolsillos y a sonreír.

—Gracias. Todavía queda mucho por hacer, pero estoy en ello.

Ella se estremeció de nuevo. Él frunció el ceño y la miró.

—Si tienes frío, nos vamos.

Ella negó con la cabeza.

—Estoy bien. Además, me prometiste enseñarme la casa entera.

Así lo hizo. Lucian fue contándole lo que sería cada habitación y no podía dejar de sentirse orgulloso al oír sus exclamaciones y recibir sus felicitaciones por el trabajo que había hecho. Nunca antes había llevado allí a ninguna mujer que no fuera miembro directo de su familia. Siempre había mantenido aquella parte de su vida como algo completamente separado de las mujeres con las que salía. Pero con

Raina era diferente.

Y lo era en muchos aspectos.

Aquellos dos últimos días con Emma habían sido muy especiales. Había jugado con ella, había aprendido a bañarla, a cambiarle los pañales, a prepararle la comida y a dársela.

No tenía palabras para describir lo que aquella niña le hacía sentir. Era algo único, profundo, que le provocaba vértigo y temor, y al mismo tiempo una sensación única y reconfortante.

Quería a Emma con todo su corazón, tanto como si hubiera estado con ella desde el día que nació. Se había perdido demasiadas cosas ya, y necesitaba ser parte de su vida.

Quería darle su apellido. Le había dado a Raina tiempo durante aquellos dos últimos días. Pero pronto estarían en un avión de vuelta en Nueva York. Se había pasado las últimas noches dando vueltas y tratando de encontrar una solución.

No podía permitir que se fueran. No, no podía.

Porque, además, no se trataba solo de Emma. Es que también quería a su madre.

Mientras ella inspeccionaba con detenimiento los armarios de la habitación principal y asentía deleitada, él pensaba en ellos dos. No tenía por qué ser un matrimonio convencional. La gente se casaba y vivía junta por razones variadas, no siempre por amor. Al fin y al cabo, Raina y él se gustaban y se sentían atraídos físicamente.

Quizás él no había tenido intenciones hasta entonces de fundar una familia.

Pero había aparecido Emma, y tenía que pensar en ella.

Un trueno resonó en el cielo y la lluvia comenzó a caer con fuerza.

—Será mejor que nos vayamos —dijo él.

Para cuando llegaron al porche, la lluvia caía a mares. Cuando estaban en la escalera, Lucian oyó un sonido.

—¡Maldición!

—¿Qué pasa? —le preguntó ella.

La llevó de vuelta al porche.

—Espera aquí un momento.

Mientras ella se quedaba a salvo de la lluvia, él se arrodilló y miró debajo de los escalones. El agua estaba cayendo por allí también.

—Lucian, ¿qué pasa?

—Hay una carnada de gatitos ahí abajo —dijo él—. La madre es salvaje y no me deja acercarme, pero suelo dejarles comida.

Sin que pudiera detenerla, ella se puso de rodillas a su lado y miró por debajo de la escalera.

—¡Ya veo a los bebés! —dijo ella muy excitada—. Pero se están empapando.

—La gata jamás saldrá de ahí —dijo Lucian—. Enseguida vuelvo.

Corrió hacia el lugar donde tenía unos cuantos sacos de cemento cubiertos con un enorme plástico. Sabía que si lo quitaba arruinaría todo el material. Pero no importaba: compraría más. En cuestión de tres minutos, ya había cubierto todas las escalera con el plástico.

—Bien —dijo ella y se levantó con una gran sonrisa—. Ya no se mojarán más.

Él asintió y le tomó la mano. Estaban empapados y llenos de barro. Él sabía que Raina tenía que estar helada de frío.

—Vamos.

Ella lo siguió hasta un trailer situado en la parte de atrás de la casa.

Una vez dentro, él sacó una toalla del armario y se la dio.

Ella se secó el pelo y la cara.

—Ese ha sido un acto extremadamente heroico, señor Sinclair. ¿Quién habría adivinado que tienes corazón no solo para los bebés, sino también para los gatos?

—No se lo digas a nadie —él se apartó el pelo húmedo de la cara —. Tengo una imagen que mantener, ya sabes.

—Sí, claro, de chico duro —dijo con una sonrisa y le limpió la mejilla con su toalla.

Ella tenía las mejillas encendidas por la carrera hasta allí, los ojos iluminados y brillantes. Su sonrisa se desvaneció y se quedó inmóvil.

La toalla se le cayó de las manos. Luego, lentamente, le acarició el rostro.

Él sintió que el corazón se le aceleraba. Bajó los ojos hasta fijarlos en sus labios.

Lentamente, acortó las distancias que había entre ellos.

—Lucian…

Capítulo Ocho

«Esto es una locura», se dijo a sí misma Raina. Locura y demencia todo en uno.

Pero le importaba muy poco.

Sintió su rostro húmedo y cálido, y la aspereza de una barba incipiente.

La tormenta fuera era cada vez más fuerte. A pesar de todo, no era nada comparado con la tormenta que se había desatado dentro de su cuerpo.

—Lucian —susurró su nombre de nuevo. El agua se deslizaba desde su pelo y descendía por su rostro.

La mano de él, callosa y fuerte agarró la de ella. Algo salvaje y poderosamente sensual brilló en su mirada.

—Sé que esto es, que nosotros…

Él la besó sin dejar que continuara, un beso duro, impetuoso. Con un leve movimiento la atrapó entre el armario y su cuerpo. Ella sentía el calor de las llamas que se le encendía por dentro. Se agarró con fuerza a él, temerosa de que sus rodillas no la sujetaran.

Una pequeña voz interior le decía que estaba jugando con fuego. Pero la ignoró.

Lo que estaba sucediendo entre Lucian y ella no tenía nada que ver con la razón.

Aquello era solo placer, y una necesidad de él tan fuerte que se hacía incontrolable.

Igual que había sido la primera vez, y todas las demás veces.

Se apretó contra él y sintió la firmeza de su torso contra el pecho, y la dureza de su deseo pujante.

Solo Lucian podía excitarla de modo semejante. Él era el único hombre que le hacía sentir aquellas cosas, que le hacía perder el control y con quien dejaba salir toda la pasión que llevaba dentro y que no había sabido hasta entonces que existía.

Sintió un momento de desesperación al darse cuenta de que él era el único hombre que podía hacerla sentir así, que, aunque no la amara, él sería para siempre el único…

La agarró de los glúteos y la levantó, haciendo que su cuerpo húmedo por la lluvia se pegara contra el de él.

—Raina —le dijo—. Dime que me deseas tanto como yo te deseo a ti.

Ella solo gimió y se acercó aún más.

Él se apartó ligeramente.

—Necesito que lo digas. Necesito oírlo.

Ella lo miró confusa. ¿Cómo podía poner en duda que lo deseaba?

Tal vez no lo hubiera dicho, pero había sido ella la que lo había

provocado.

—Dilo, por favor —repitió él—. Necesito que lo digas.

—Te deseo, Lucian —dijo ella, tomando su rostro entre las manos —. Sabes que te he deseado desde la primera vez que te vi.

Él la miró fijamente durante unos segundos y ella sintió miedo. Temía verse hundida en aquel abismo misterioso e incierto, en el que podría perderse para siempre. Pero ya era muy tarde para dar marcha atrás.

Una vez más, lo besó suavemente, con todo su corazón y toda su alma.

El calor iba creciendo por momentos. Cada roce de sus labios era único y especial, y atizaba el fuego cada vez más vivaz.

—Raina —dijo él mientras deslizaba su boca increíble, mágica, deliciosa sobre la de ella—. Enrosca las piernas entorno a mi cuerpo.

Así lo hizo y él comenzó a jugar con el lóbulo de su oreja. Aquello era exactamente lo que recordaba de aquella lejana noche, era tal y como lo había soñado después. Era incluso más.

—Pon la cabeza sobre mi hombro —le susurró él, y la condujo a una pequeña habitación.

A los pies de la cama, él comenzó a desnudarla. Le quitó lentamente la camiseta empapada de agua y la dejó en el suelo. Luego la miró con deseo, un deseo infinito y salvaje.

La besó y fue descendiendo lentamente hasta el monte de sus senos. Ella gimió de placer y hundió los dedos entre su pelo.

—Quítate esto —le dijo, refiriéndose al sujetador.

Ya estaba jugando con sus pechos antes incluso de que hubiera podido quitárselo del todo. Un placer único hizo que se estremeciera de arriba abajo.

Su lengua hacía prodigios con sus pezones enardecidos, el deseo crecía, y su cuerpo complacía todos sus sentidos.

—Quítate la camisa —le dijo ella con urgencia, y él obedeció.

Luego fueron los zapatos y los vaqueros.

Finalmente, estaban cuerpo contra cuerpo. Y la urgencia era cada vez mayor, lo quería dentro de ella.

—Espera —le dijo él y se apartó repentinamente de ella. Los segundos que estuvo alejado de ella le parecieron eternos.

En cuanto volvió, la tomó en sus brazos y se la acercó.

La tormenta estaba en sus ojos, y era fuerte, salvaje, apasionada.

—Eres preciosa —le murmuró él y se dio cuenta de que habría oído aquellas palabras cientos de veces. Él quería hacerle entender que ella era especial—. Siempre te recordaré así. No importa lo que suceda, siempre te recordaré.

Ella lo miró con deseo y sonrió.

—Yo también…

Abrió los labios y cerró los ojos, entregándose por completo. Él se abrió paso en su interior.

—Lucian —le susurró ella—. Por favor.

Él comenzó a moverse y ella a gemir. Movía la cabeza de lado a lado.

—Abre los ojos y mírame, mírame.

Así lo hizo y volvió a susurrar su nombre.

—Lucian —repetía una y otra vez.

Su suave súplica lo excitaba cada vez más. Pero tenía que controlarse. El creciente movimiento había hecho que ya no fuera agua sino sudor lo que empapaba sus cuerpos. La sensación de placer era cada vez mayor y no parecían tener suficiente.

Un ciego deseo los guiaba hacia el éxtasis. Finalmente, un grito placentero fue la señal esperada y, juntos, alcanzaron la cima.

La lluvia fue amainando lentamente y se fue convirtiendo en un leve y suave repicar sobre el techo. Raina se acurrucó en los brazos de Lucian, mientras le acariciaba el tórax. Estaban en silencio, sumidos en la paz que viene después de la batalla.

Por primera vez desde que habían llegado al trailer, Raina miró la pequeña habitación. Estaba bastante ordenada. Había una cama, una mesilla, un armario y una estantería para libros. A través de la puerta veía el resto del trailer, con su cocina y cuarto de estar. El baño debía ser la puerta que había justo al salir del dormitorio.

Era muy diferente a la espectacular casa que se estaba construyendo pero, a pesar de todo, resultaba muy agradable… especialmente estando entre el calor de sus brazos.

Él fue el primero en romper el silencio.

—¿Ha sido hoy como fue aquel día? —preguntó.

—Sí —respondió ella, que ya se había preparado para una pregunta así—.

Igual.

Él levantó las dos cejas en un gesto de admiración.

—¡Guau!

—Sí —sonrió ella—. ¡Guau!

—Raina —le tomó cariñosamente la mano—. Siento no haber estado allí cuando te despertaste. No sé por qué me marché como lo hice. Quizás jamás lo sepa, pero estoy seguro de que mi intención era regresar. La nota es una prueba de ello.

—Ocurrió como ocurrió —dijo ella con un suspiro—. Y no podemos cambiar eso. Y, aunque pudiéramos, yo no lo cambiaría. Cada vez que miro a Emma me siento tan agradecida de lo que sucedió aquella noche…. Por cierto, tengo que llamarla.

Él alcanzó el móvil que tenía cargándose en la mesilla de noche y ella hizo la llamada.

Melanie contestó de inmediato.

—Melanie, la tormenta nos ha pillado de improviso —ella se quedó sin respiración al sentir que él le acariciaba un seno—. Eh… Quiero decir… Sí, claro, que estamos bien. Estaba preocupada por Emma. ¿La tormenta la ha despertado? No…

me alegro.

Él le besó delicadamente el cuello y ella tuvo que hacer un grave esfuerzo para poder mantener su voz estable.

—¿Ah, sí, están ahí? Yo creo que enseguida estaremos de vuelta… —contuvo un gemido al sentir que su boca descendía—. Muy pronto, seguro.

La sensación de su mano áspera sobre el vientre le provocó un agradable escalofrío de placer.

Aún no había colgado del todo el teléfono cuando él se abrió paso dentro de ella y comenzó a moverse seductoramente en su interior. Los besos cálidos sobre su cuello encendían su fuego.

—¿Qué ha dicho Melanie? —murmuró él.

—Ha dicho… —apenas si podía hablar—. Que Emma está bien. Sydney y… —

él atrapó uno de sus pezones con la boca—. Abby acaban de llegar… Melanie dice que nos lo tomemos con calma…

Él se puso sobre ella y la miró con un deseo puro v primitivo.

—¿Es eso lo que quieres, que nos lo tomemos con calma?

—No —respondió ella y, acto seguido se contradijo tomándolo entre sus brazos.

Una vez más la furia y el hambre los poseyeron. Se movió dentro de ellos como si se tratara de un tornado incontrolable y salvaje, tan espectacular como conmovedor.

Dejaron que aquel ansia se apoderara de ellos hasta que colapsaron el uno en brazos del otro.

—Así es que es aquí donde vives.

—La mayor parte del tiempo, sí —Lucian sacó un bote de café instantáneo y lo puso en la encimera. Después sacó una cuchara. Raina estaba sentada en la mesa de la cocina, justo detrás de él.

Lucian se había puesto ropa limpia y le había prestado a ella una camisa blanca

—. Cuando estoy trabajando suelo dormir en el trailer que hay en el lugar de construcción. Pero entre proyecto y proyecto resido aquí.

—Un buen sitio.

Él la miró a los ojos para ver si había alguna sombra de sarcasmo. Pero comprobó que su comentario era genuino. Parecía realmente interesada y conquistada por aquel particular modo de vida.

El pelo se le había secado formando una abundante masa de rizos. Al verla allí sentada, con el cabello revuelto, su camisa blanca y los

labios irritados por los besos, sintió algo muy intenso en el pecho.

El timbre del microondas captó su atención. Se aproximó y abrió la puerta.

Sacó dos tazas humeantes y echó el café.

—Tienes de todo aquí: microondas, televisión, electricidad, agua corriente —

dijo ella—. Parece que no vives nada mal.

El dejó las tazas sobre la mesa, justo delante de ella.

¡Aquella mujer era realmente hermosa! Sintió un nudo en la garganta y se maldijo una vez más por no poder recordar aquella primera noche juntos. Su cuerpo y su mente todavía disfrutaba de su corto encuentro, y no podía dejar de preguntarse cómo habría sido toda la noche. O cómo sería…

Quería saberlo. Una tarde con aquella mujer no era suficiente.

Quería más.

Como si ella le hubiera leído el pensamiento, sus ojos se encontraron. La sonrisa se desvaneció del rostro de ella.

Él le tomó la mano y ella se aproximó hacia él. Lucian le acarició suavemente los nudillos.

—Raina, creo que deberíamos casarnos.

—¿Por qué, Lucian, porque nos lo pasamos bien en la cama? —preguntó ella.

—No —dijo él—. Pero eso, desde luego, no estorba.

Ella apartó la mano.

—Esa no es razón suficiente para casarse con nadie.

—Emma sí lo es.

—Ya hemos hablado de eso —dijo ella—. Ya te he dicho que no voy a impedir que veas a Emma. Ella sabrá quién es su padre. Puedes verla siempre que quieras.

—¿Viviendo en Nueva York? ¿Cuándo podré verla, en vacaciones, un fin de semana de vez en cuando? Yo quiero mucho más que eso, maldita sea.

—¿Qué es lo que me estás pidiendo, custodia compartida? ¿Crees que nuestra hija debería vivir aquí, en este trailer, con no sé ni cuántas mujeres entrando y saliendo continuamente?

Él se quedó perplejo ante semejante comentario y sintió rabia, mucha rabia que logró controlar.

—Nunca había traído a ninguna mujer aquí antes de ti. Y, desde luego, jamás lo haría mientras mi hija estuviera bajo mi techo. Y, puesto que tú has sacado el tema,

¿qué me dices de ti? ¿Cómo sé yo quién duerme en tu cama mientras mi hija está en la habitación de al lado?

—De acuerdo, reconozco que merezco que me digas eso. Pero tienes que entender que necesito preguntar si sé que mi hija va a estar

aquí sin mí.

Él inspiró profundamente y esperó a que la rabia se apaciguara.

—No estaba sugiriendo una custodia compartida —dijo él—. No creo que sea bueno para ella ir y venir. Por mucho que desee estar con ella, jamás le haría eso.

—Sé que no —dijo ella relajándose un poco—. Te he estado observando estos días. Eres maravilloso con ella y ya te adora.

—Entonces, cásate conmigo y déjame que le dé mi apellido —se inclinó sobre ella—. Podría ser algo temporal, durante un año o dos, hasta que ella pudiera entender las cosas. Al menos se daría cuenta de que hemos sido capaces de intentarlo.

—¿Tú de verdad crees que pasar por un divorcio sería mejor que, sencillamente, asumir desde pequeña que sus padres viven separados? —ella negó con la cabeza—.

Lucian, ya me casé una vez por motivos equivocados. No puedo volver a pasar por eso.

—¿Y qué si tú decides volverte a casar? ¿Qué derechos tendré yo sobre Emma?

—Nada cambiará. Tú siempre seguirás siendo su padre.

—Espero que recuerdes eso, porque voy a estar siempre presente en su vida y, por tanto, en la tuya. Tendrás que aceptarlo.

—Puede que vayas a estar en mi vida, pero eso no significa que estarás en mi cama cada vez que te apetezca. Si quieres un acuerdo formal podemos llamar a un abogado que nos redacte un contrato.

—No quiero a un maldito abogado. Quiero poder ver a Emma siempre que me plazca.

—De acuerdo —ella respiró lenta y profundamente—. Puedes venir a Nueva York siempre que quieras y yo vendré a Bloomfield cada dos meses. Cuando se vaya haciendo mayor, podrá pasar más tiempo aquí y, cuando empiece el colegio, nos organizaremos las vacaciones. Ahora tengo que volver. Emma se ha debido despertar hace mucho de la siesta.

Se puso los pantalones húmedos y los zapatos.

Aquella mujer era tremendamente cabezota y, por la rígida expresión de sus hombros y su cuello, se dio cuenta de que no había más que discutir. Probablemente era mejor así, pues de haber proseguido, la conversación podría haber subido de tono.

Una vez en el coche, él mantuvo las manos apretadas sobre el volante y ella los brazos firmemente cruzados sobre el pecho.

Nada más aparcar ella salió a toda prisa y se dirigió hacia el porche.

Lucian maldijo una vez más. Ni siquiera habían tenido tiempo de hablar del dinero que habría de aportar él. Y no estaba dispuesto a no tratar ciertos asuntos solo porque ella no quería.

Él la alcanzó cuando estaba abriendo la puerta.

—Raina, tú y yo tenemos que… Los dos se quedaron paralizados al ver a Abby en la puerta, con Emma en brazos y una patente cara de preocupación.

—¿Qué pasa? —preguntaron Lucian y Raina al mismo tiempo.

—Es Melanie —dijo Abby con la voz compungida—. Se la ha tenido que llevar Gabe al hospital. Estaba sangrando.

Capítulo Nueve

Raina siempre había odiado los hospitales. El olor a desinfectante, los pasillos largos e impersonales.

A los dieciocho años había tenido que pasar dos semanas en el hospital City of Hope de Los Angeles, viendo cómo su madre moría lentamente, víctima de un cáncer. Había tratado de localizar a su padre, pero, no lo había podido encontrar.

Jamás volvió a verlo.

Después de la muerte de su madre, había logrado ir a la universidad gracias a una beca y había empezado a trabajar como modelo a tiempo parcial.

Desde entonces, no había vuelto a mirar atrás.

Melanie era la única persona a la que consideraba familia, aparte de Emma. Y

ahora también ella estaba en el hospital.

Temblando por el desagradable frío que provoca el miedo, estaba allí, sentada en la sala de espera con los ojos cerrados y muy apretados. De pronto, unos brazos cálidos la cobijaron.

—Raina —era la voz de Lucian—. No te preocupes, está bien. Los dos están bien.

Todavía confusa y asustada se volvió hacia él.

—¿Melanie y el bebé?

—Sí. Melanie todavía está dormida porque le han tenido que hacer una cesárea, pero todo ha ido bien. Y por el modo en que mi nueva sobrina llora, yo diría que está estupendamente.

—¡Gracias a Dios! —no podía dejar de llorar aliviada—. ¡Es una niña, es una niña! ¿Seguro que está bien?

—Le han hecho todo tipo de pruebas y está perfectamente —le sonrió.

Ella se rio nerviosamente.

—¡Estaba tan asustada! —se estremeció y apretó la cara contra su pecho.

—Tranquilízate ahora, cariño —le murmuró y la abrazó—. Todo el mundo está bien. Tienes que venir a ver a Kayla, mi nueva sobrina.

—Kayla —Raina sonrió de nuevo—. Tendríamos que llamar a Abby y a Sydney.

Deben estar realmente preocupados.

—Callan ya se ha ocupado de eso —le acarició el pelo antes de retirarle un mechón de la cara—. Deja de preocuparte.

Sydney había ido a recoger a Kevin al colegio y lo había llevado a casa. Abby estaba con Emma. Cara e Ian venían desde Filadelfia y Reese y Callan habían aparecido hacía unos minutos y habían ido directamente a ver a Gabe.

A Raina le sorprendía cómo todo el mundo se unía para colaborar con Melanie.

Sin poner ninguna traba, todos los Sinclair se apoyaban unos a otros. Emma sería parte de todo aquello. No importaba lo que ocurriera, los Sinclair estarían siempre ahí para ayudar a su hija. Los lazos que los unían eran muy fuertes. A Emma siempre la querrían, incondicionalmente, y siempre la protegerían porque era una Sinclair.

Una Sinclair…

De pronto, algo se le apareció muy claro ante los ojos. Sabía lo que tenía que hacer. No podía pensar en sí misma. Daba igual lo que ella necesitara o quisiera.

Raina sabía que tenía que pensar en Emma.

—Lucian —dijo de repente—. Si todavía quieres casarte conmigo, mi respuesta es sí.

—Lucian, si sigues apretando de ese modo la mandíbula, te vas a romper los dientes.

Con los brazos cruzados delante del pecho, Lucian frunció el ceño.

—Y si tú no quitas ese gesto de sorna que tienes, te voy a partir la cara.

—Parece que Lucian está un poco tenso hoy —dijo Callan, acercándose a Reese.

Estaban en el porche, hacía un maravilloso día de primavera. El cielo estaba azul, la temperatura era la adecuada y un delicioso olor a rosas lo llenaba todo.

—Claro, se me había olvidado —dijo Reese—. Hoy es el día de tu boda.

Entonces te perdono.

Lucian sabía que, tarde o temprano, aquel momento llegaría y con él las bromas y lo comentarios sarcásticos. Pero no por eso tenían que gustarle. Claro que él había sido el peor de todos en las bodas de sus hermanos. Se aflojó ligeramente la corbata de seda que lo ahogaba.

—Bueno, ¿qué pasa ahí dentro? —dijo Lucian en tono impaciente —. Hace diez minutos que debíamos estar allí.

—Cinco —dijo Ian—. Aunque entiendo que con esa novia que se lleva al altar esté francamente impaciente.

Lucian sintió una fuerte presión en el pecho. ¡Cielo santo, se iba a casar!

Quería hacerlo. Quería darle a Emma su nombre, y quería evitarle problemas y hacer que todos los Sinclair la consideraran plenamente de la familia.

Pero, ¿era Emma su único motivo?

Sabía por qué Raina había cambiado de opinión respecto al matrimonio hacía tan solo cuatro días, teniendo que modificar su viaje de vuelta a Nueva York. Lo sucedido a Melanie la había asustado.

Tenía que reconocer que a él también. Ser padre le había obligado a asumir su propia fragilidad, su propia mortalidad. Ese reconocimiento lo había conmovido y reforzado.

Sabía que no había nada que no fuera capaz de hacer por su niña.

Al día siguiente, Raina se llevaría a Emma a Nueva York. Habían llegado al acuerdo de que él podría visitarla cuando quisiera y que ella volvería a Bloomfield siempre que su trabajo se lo permitiera.

Pero eso no era suficiente para él. Aunque, de momento habría de conformarse.

Parpadeó. De pronto, se dio cuenta de que sus hermanos estaban mirándolo fijamente.

—¿Qué? —preguntó, molesto por el humor en sus rostros.

—Ya nos han dado la señal —dijo Ian—. Después de ti.

—Raina, por favor, deja de morderte las uñas —le dijo Melanie que estaba sentada en la cama con la pequeña Kayla en brazos—. Te vas a estropear el esmalte.

Raina se quitó el dedo de la boca.

—Estoy deseando que todo esto termine.

—Hablas como una auténtica novia —dijo Sydney mientras le subía la cremallera del vestido color crema—. Te queda precioso.

Raina se alisó la parte delantera del vestido. Era el mismo que había llevado en el bautizo de Emma y que le había pedido a Teresa que se lo enviara urgentemente.

Había llegado hacía solo tres horas, lo que había estado a punto de provocar un ataque al corazón colectivo entre todas las mujeres de la familia.

—Estás realmente preciosa —dijo Abby, pasándose a Emma al otro brazo—. ¿A que tu mamá está maravillosa?

La niña aplaudió complacida y todas se rieron.

Agradecida por el trato de las demás mujeres, Raina no pudo por menos que sonreír. A pesar de no ser una verdadera boda, quería estar lo más guapa posible.

Quería recordar aquel día como algo especial. Todas las cabezas se volvieron hacia la puerta cuando sonaron unos ligeros golpes.

—El ministro ya ha llegado —dijo Cara al asomar la cabeza—. ¡Raina, estás preciosa!

—Estoy deseando que Lucian te vea —dijo Sydney—. Se va a quedar boquiabierto.

Ante la sola mención de su nombre, el estómago se le contrajo. Sintió un ataque de pánico.

Ella habría preferido algo más discreto, sin tanta parafernalia. Pero en cuanto la familia se enteró de que Lucian se iba a casar, no hubo forma de parar la conspiración. Así que, en aquel momento, había unos veinte invitados esperando abajo.

Esperándola a ella…

No podía respirar.

—¡Oh! —Sydney la tomó del brazo y la guió hacia la cama—. Baja la cabeza y respira lentamente.

—Lo siento —dijo Raina—. Todo esto no es en absoluto justo para vosotras. No deberíais haberos tomado tantas molestias. Esto no… no es…

Hundió la cara entre las manos. No podía fingir más, continuar con aquella farsa.

—Solo nos casamos por el bien de Emma —susurró ella y levantó la cara con angustia—. Lucian y yo no nos amamos como amáis vosotras a vuestros maridos.

Las mujeres intercambiaron miradas y luego sonrieron, con un gesto de comprensión.

Cara le tomó la mano a Raina.

—Es perfectamente normal que te pongas nerviosa el día de tu boda.

—Pero no nos amamos —insistió ella—. Melanie sabe toda la verdad. Habéis sido tan maravillosas conmigo, que no quiero mentiros. Ni siquiera vamos a vivir juntos y, en un año o dos, nos vamos a divorciar.

Sydney le pasó el brazo por los hombros.

—Entonces, lo mejor será que disfrutemos el tiempo que vayamos a ser cuñadas.

Emma farfulló algo cuando Abby se sentó junto a Raina, abrazándola también.

Ante tan repentina muestra de afecto, Raina no pudo contener las lágrimas.

—¡Eh! ¿Y yo? También estoy aquí.

Riéndose, las tres se apresuraron a acercarse a Melanie.

—Aquí hay un pañuelo —dijo Abby, alcanzando la caja de pañuelos de papel.

Una llamada en la puerta hizo que todas se volvieran.

—¡Eh! —Gabe llamó desde fuera—. Lucian está histérico esperando abajo.

¿Estáis preparadas?

Raina negó con la cabeza.

—Un minuto más —dijo Sydney, mientras todas se apresuraban a retocarse el maquillaje y a ponerse los tacones.

Finalmente, Sydney se encaminó hacia la puerta y la abrió. Allí estaba Gabe con Kevin, quien se estiraba del cuello almidonado de la camisa.

Gabe miró a su mujer y se enterneció al verla con el nuevo bebé en brazos.

Luego miró a Raina y le guiñó un ojo.

—Rápido, cierra la ventana antes de que Raina se escape por ella —bromeó Melanie. Riéndose, tomó a su mujer y a su hijo en brazos. Melanie no podría subir o bajar escaleras hasta pasadas dos semanas.

—¿Preparada?

«¡No!», pensó Raina.

Abby y Sydney la precedieron hasta la escalera. Al oír la música, Raina retrocedió, pero la retuvieron cuidadosamente. Sydney le puso el ramo de rosas blancas en la mano y le besó la mejilla.

Al oír la marcha nupcial, tragó saliva. Lentamente, comenzó a bajar la escalera, hasta que llegó abajo.

Sus ojos se encontraron con los de él. En ese instante, dejó de oír la marcha nupcial y dejó de ver a cuantos la rodeaban.

Su atención estaba puesta en Lucian.

Tuvo que hacer un esfuerzo para no tropezar.

Él la miraba con aquellos ojos incisivos, verdes, desgarradores, que la observaban con un aire masculino de aprobación. Ella sintió un escalofrío.

De algún modo, se las arregló para decir las palabras que debía decir, para ponerle el anillo y aceptar el de él. Cerró los ojos apretó los labios cuando oyó:

—Puede besar a la novia.

Y se permitió creer durante un instante que aquello era algo más que una ilusión.

—¿De dónde ha salido tanta gente? —preguntó Lucian con una cerveza en la mano—. No recuerdo haber invitado a Mabel y a Henry Binderby.

De hecho, no recordaba haber invitado a la mitad de la gente que había llegado.

En un momento dado había tanta gente, que habían tenido que sacar otra nueva tanda de sillas y mesas.

—La gente quiere estar aquí para esta ocasión histórica —dijo Gabe—. La boda de Lucian Sinclair será motivo de cotilleo durante semanas. Ya he oído cuatro versiones distintas de por qué le pediste matrimonio. ¿No son esas Sally Lyn Wetters y Laura Greenley?

Lucian se atragantó. Una cosa era que vinieran amigos y conocidos, y otra muy distinta que llegaran sus novias. Bueno, ex novias.

Fantástico. Sally Lyn se dirigía hacia él. Llevaba los labios pintados de un rojo tan intenso como su vestido. En otra ocasión habría apreciado la apariencia de la sensual rubia.

Pero la única persona que tenía en su cabeza en aquel momento era Raina.

Desde el momento en que su nueva esposa había comenzado a

caminar por el pasillo en dirección a él, tan hermosa como un ángel recién bajado del cielo, toda mujer que había conocido hasta entonces había dejado de existir. Solo le importaba Raina.

La buscó por la sala y la vio en el porche con Rafe Barclay, el sheriff de Bloomfield. Sintió unos celos tan desagradables como inesperados. Rafe era soltero, atractivo, según afirmaban las mujeres, y sabía cómo conquistarlas. También era amigo suyo desde el colegio. Solían ir a pescar juntos todas las semanas y a jugar al poker los sábados por la noche si no salían con nadie. Pero Lucian jamás antes había sentido celos de él.

—Hola, Lucian —lo saludó Sally Lyn mientras se aproximaba—. ¿Por qué te estás escondiendo ahí detrás?

Lucian trató de no pensar en lo que Rafe le estaría diciendo a Raina para hacerla reír de aquel modo. Forzó una sonrisa y pensó en cómo se alegraba de no haberse acostado con Sally Lyn. De haberlo hecho, aquella situación habría sido aún más complicada.

—Gabe —le susurró Lucian—. Ayúdame. Si realmente eres un hermano, no me dejes solo.

Gabe soltó una carcajada, chocó su copa con la de Lucian y se marchó.

Lucian decidió que lo asesinaría más tarde, o quizás, puesto que tenía una mujer y dos niños, se limitaría a torturarlo un poco.

—Enhorabuena, Lucian —dijo Sally Lyn, besándolo directamente en la boca—.

Quería desearte lo mejor.

—Gracias —dijo él, removiéndose incómodamente.

—No obstante, no te voy a ocultar que estoy bastante sorprendida —dijo ella.

—La vida es una continua sorpresa, ¿verdad? —Lucian volvió a mirar hacia Raina, y se inquietó al ver que ni ella ni Rafe estaban en el lugar de antes—. Uno nunca sabe qué va a pasar.

—Especialmente tratándose de ti, esa es una poderosa verdad —dijo ella, pasándole el dedo por la solapa de la chaqueta—. Eres muy impulsivo.

—¿Verdad que sí?

Lucian se volvió al oír la voz de Raina que lo tomó por sorpresa. Sally bajó la mano y se apartó de él.

—Raina —dijo él un tanto incómodo—. Esta es Sally Lyn Wetters. Sally Lyn, esta es Raina.

Sally Lyn le tendió la mano y Raina se la estrechó educadamente.

—Lucian y yo somos viejos… amigos —hizo un énfasis especial en la palabra amigos.

Raina alzó las cejas.

—Me alegro por vosotros —respondió ella con tal frialdad y

distancia, que Sally Lyn se quedó sin respuesta.

—Sí, bueno… —Sally Lyn se aclaró la garganta—. Me alegro de haberte conocido.

Raina asintió y sonrió, pero no dijo nada.

—Adiós, Lucian —dijo finalmente, antes de marcharse.

—Raina…

—Van a cortar el pastel dentro de un momento…

—Quizás quieras quitarte antes la marca de carmín que te ha dejado Sally Lyn en la boca —le pasó un pañuelo—. No se parece en nada al color que uso yo.

El frunció el ceño, tomó el pañuelo que le estaba ofreciendo ella, se limpió y miró la mancha roja. ¿Por qué se sentía tan culpable? Si no había hecho nada malo.

—Solíamos salir —dijo él muy tenso—. Nada más. Jamás me acosté con ella.

—¿Acaso te lo he preguntado? —lo miró fijamente—. Estamos casados, pero los dos sabemos que es por Emma. Durante el tiempo que este matrimonio dure, jamás te preguntaré sobre tu vida privada. Espero que tú hagas lo mismo.

Él la miró tenso. No le gustaba la dirección que estaba tomando aquella conversación. Definitivamente, no le gustaban las implicaciones que podría tener el que ella saliera o se acostara con otra persona. Especialmente, si estaba casada con él.

La tomó del brazo.

—¿De qué demonios estás hablando?

—Creo que he hablado muy claro —respondió ella con calma aparente—. No te voy a pedir celibato. Pero sí espero que seas discreto.

—¡Qué generosa eres! ¿Y se supone que tú también serás discreta?

—Yo me puedo controlar.

—¿De verdad? —dijo él sintiendo como la rabia y la indignación crecían en su interior—. ¿Era eso lo que estabas haciendo el otro día en mi cama, controlarte?

Tardó unos minutos en registrar lo que acababa de decirle. Luego, apartó la mirada, cerró los ojos y suspiró.

—Lo siento, Lucian —dijo ella—. No quiero que discutamos la última noche que yo estoy aquí. Ha sido un día muy largo y estoy realmente exhausta.

Él asintió y le soltó el brazo.

—Creo que ha sido un día muy largo para los dos —dijo Lucian.

—Tengo un vuelo a las diez en punto de la mañana —dijo ella—. Si quieres, le puedo pedir a Gabe que me lleve.

¿De qué estaba hablando? ¿Es que todavía no se había dado cuenta de que era su mujer?

—Yo te llevaré —le respondió.

Ella se apartó de él y sonrió, una sonrisa seca, que no alcanzó su mirada.

—¿Vamos a cortar el pastel?

—Bien.

Frustrado, esperó un segundo a sentirse calmado antes de seguirla. Iba a cortar un enorme trozo de pastel y a estampárselo a ella en la cara.

Capítulo Diez

—Janice, dile a Brandy que te dé una puntada en ese tirante. Lidia, se supone que tú tienes que llevar los zapatos azules, no las sandalias negras, y tú, Jill, por favor, ponte un adhesivo debajo de ese sujetador.

Luchando por mantener la calma en mitad de aquel caos, Raina estaba en los vestuarios tratando de organizar el pase que estaba a punto de comenzar.

—Faltan veinte minutos —dijo Annelise, la ayudante de Raina que entró con los brazos llenos de un montón de tul.

Raina sintió un nudo en el estómago y continuó revisando los últimos preparativos.

—Quince minutos —anunció Annelise, entrando en aquella ocasión con un osito de peluche para una de las modelos que pasaba pijamas.

«Respira», se dijo Raina a sí misma. «Respira lenta y pausadamente».

Lo mismo que había hecho cuando estaba a punto de llegar al altar para convertirse en la mujer de Lucian Sinclair. Recordaba aquel día como algo lejano, aunque solo había pasado una semana. De camino al aeropuerto, Lucian y ella solo habían intercambiado unas pocas palabras y la tensión entre ellos cada vez era más patente. Al despedirse, había abrazado y besado a su hija, pero no se había acercado a Raina. Se había limitado a asentir y a decirle un frío adiós.

Y, desde entonces, no había llamado ni una sola vez.

Tampoco es que ella hubiera estado en casa a menudo. Desde su llegada a Nueva York había pasado cada minuto preparando el pase de su nueva colección.

Pero tenía un contestador. Podría haberle dejado un mensaje.

Claro que también ella podría haberlo llamado a él.

La verdad era que había tratado de hacerlo al menos una vez al día, pero siempre había acabado colgando antes de marcar.

¿Por qué le resultaba tan difícil pedir disculpas? Ya lo había hecho en la boda, pero tenía que hacerlo otra vez. Había reaccionado demasiado mal al ver a la tal Sally Lyn colgada de su cuello. Pero es que aquella mancha roja de carmín sobre los labios de Lucian había sido más de lo que podía aguantar. Había sentido ganas de arañarle los ojos a aquella mujer.

Todavía las sentía.

Sabía que después de la celebración Lucian habría querido que Raina lo invitara a su habitación. Pero ella no lo había hecho. No quería hacer el amor con él. Se sentía demasiado vulnerable, y sabía que, de haber pasado la noche juntos, habría acabado confesándole que lo amaba de verdad y que ella quería que aquel fuera un matrimonio auténtico.

Así que había pasado la noche sola en su habitación y llorando desconsoladamente.

—Raina, los zapatos de tacón negros, ¿van con el sujetador negro de encaje o con el de satén?

Raina miró a su ayudante y parpadeó.

—¿Qué?

Annelise le mostró dos sujetadores diferentes.

—¿Con cuál de los dos?

—Los negros para el de satén y las sandalias para el de encaje.

Annelise no respondió ni se movió. Pero pronto Raina se dio cuenta de que no solo ella sino todas las modelos estaban mirando detrás de ella, en dirección a la puerta.

Raina frunció el ceño y se volvió.

¡Cielo santo!

Trató de respirar profundamente.

Allí estaba Lucian, más guapo que nunca, vestido con una camisa gris, unos vaqueros negros y botas.

—Lucian —susurró ella.

—¡Eh, guapo! Ven a ayudarme a subirme la cremallera —dijo una de las modelos.

Él tuvo el buen criterio de no responder y mantuvo su atención en Raina.

—Lo siento, sé que este no es un buen momento. Iba a sentarme entre el público, pero cuando le dije a la azafata quién era, me mandó hacia aquí.

—¿Y quién eres, cariño? —le preguntó Aurel, aproximándose hacia él como una gata en celo. Se había formando alrededor de él un círculo de mujeres que parecían depredadores a punto de saltar sobre su presa.

—Es mi marido —dijo Raina.

De pronto, se hizo un extraño silencio. Las miradas se fijaron en ella. Incluso su ayudante se volvió sorprendida.

Había preferido no mencionar el hecho de que se había casado durante su estancia en Bloomfield, de ahí la reacción de todas las presentes.

—Lucian, ¿qué estás haciendo aquí? —preguntó ella tan calmada como pudo, a pesar de que el corazón le latía a toda velocidad.

—Me dijiste que podía venir cuando quisiera —respondió él. Luego miró a una de las modelos que se había aproximado para oír mejor—. Había olvidado que era un pase de lencería.

—Así que, sencillamente, te has presentado aquí —Raina no sabía si lanzarse a sus brazos y besarlo desesperadamente, o darle una patada en el trasero. ¿Cómo podía presentarse así, y encima estar tan guapo?

Sabía lo que todas las mujeres que había en aquella habitación estaban pensando, porque era, exactamente, lo mismo que pensaba ella.

—Fui a tu apartamento —dijo él—. La niñera no me dejó pasar, pero me dijo dónde podía encontrarte.

—¡Pero es que ahora no puedo hablar contigo!

El pase está a punto de comenzar —miró al reloj—. ¡Solo faltan tres minutos!

Cada cual a sus puestos y a terminar de prepararse. Jamie, tú la primera. Aurel tú sales la segunda. Annelise ocúpate de que mi… de que el señor Sinclair tenga una buena butaca.

Todo el mundo se puso manos a la obra, aunque Raina notó las miradas que se llevaba Lucian al salir del camerino. Ella misma no pudo evitar seguirlo con los ojos.

La voz del presentador sobresaltó a Raina, el sonido de la música dio la entrada a la primera modelo.

Durante los siguientes treinta minutos, se las arregló para dejar de pensar en Lucian y centrarse en su trabajo.

El champán corría a raudales en el piso veintiuno del hotel Hilton. Un camarero pasaba con bandejas repletas de canapés. Varios invitados bailaban animosos al son de la música, mientras otros discutían de moda.

Sin duda, la nueva colección de Raina había sido un éxito.

Lucian estaba en una esquina, observando cómo su esposa, vestida con un sencillo traje de noche negro, atendía a los invitados.

Tres semanas atrás se habría considerado el hombre más afortunado del mundo estando en aquella situación: había conseguido una butaca de lujo para un pase de lencería y estaba rodeado de mujeres hermosas. Pero ya no era el mismo. Emma y Raina habían entrado en su vida, y aquellos días sin ellas habían sido una tortura.

Todo había cambiado.

En aquel momento, solo había una mujer que le interesaba: su mujer.

Quería que el resto del mundo desapareciera. Y, muy especialmente, Aurel. La modelo llevaba cinco minutos contándole su intervención en un programa de televisión llamado «Cita a ciegas».

Él asentía educadamente, pero sin poder dejar de mirar a Raina, que acababa de estrechar la mano de un hombre con un traje negro de Armani y que, por lo poco que podía oír desde allí, era italiano.

El hombre se inclinó sobre Raina y le susurró algo al oído. Lucian sintió indignación. Raina sonrió y escuchó interesada lo que el hombre le decía. Finalmente, ella negó con la cabeza a lo que él italiano le acababa de proponer.

Bastardo. Lucian apretó los dientes. Aquel tipo estaba tratando de

seducirla allí mismo, delante de las narices de su marido.

Raina tomó del brazo al italiano y lo condujo hacia otro grupo de gente.

—¡Hola, corazón! —dijo una modelo alta, de pelo corto, que traía dos copas de champán en la mano—. Me da la sensación de que tienes que llenarte las manos con algo.

Estaba acorralado. Aceptó la copa de champán y sonrió educadamente.

Mientras tanto, Aurel seguía narrando sus aventuras.

¡Maldición! ¿Cuánto iba a durar aquello? Todavía no sabía qué lo había empujado a tomar un avión aquella mañana y a presentarse allí sin previo aviso.

Lo cierto era que no había pasado ni un solo día de la semana anterior sin que hubiera pensado en tomar un avión. Pero pensar en algo y hacerlo era completamente diferente.

Y, a pesar de todo, allí estaba, en Nueva York, con ella.

Lucian se dio cuenta de pronto de que otra mujer se había unido al grupo, una pelirroja de grandes ojos verdes, con la apariencia de una modelo, pero a la que le faltaba altura. La mujer le dijo algo pero Lucian, que no le había prestado atención, se limitó a asentir sin saber a qué.

—Estupendo —la mujer sacó una tarjeta del bolsillo—. Dame tu número de teléfono y te llamaré.

¡Cielo santo! ¿Qué había dicho para que ella se ofreciera a llamarlo?

—La verdad es que yo…

—¿Llamarlo para qué? —dijo Raina que se acababa de aproximar al grupo—.

Hola, Phoebe.

Lucian quería besar a Raina, no solo porque lo había salvado, sino porque necesitaba hacerlo, tanto como necesitaba hacerle el amor.

Puesto que eso era obviamente imposible, se limitó a mirarla, dar otro trago de champán y aspirar su familiar y reconfortante aroma.

—Hola, Raina —dijo Phoebe con una sonrisa—. Me alegro de verte. Tu amigo acaba de decir que sí a una sesión de fotos. Tengo un contrato con Calvin Clain y él sería perfecto.

Lucian estuvo a punto de escupir el champán que tenía en la boca.

—¿De verdad? —dijo Raina.

Él quería deshacer aquel mal entendido, pero no podía explicarle a la mujer que no había oído ni una sola palabra de lo que le había dicho.

—Aprecio su oferta, pero… me temo que no voy a poder…

—Phoebe —intervino Raina—. Este es mi marido, Lucian Sinclair. Lucian, te presento a Phoebe Knight. Es fotógrafa.

—¿Tu marido? —Phoebe abrió los ojos sorprendida. Miró a Raina, luego a Lucian, luego a Raina—. Hace demasiado que no nos vemos. Creo que necesitamos ir a comer juntas.

—Muy bien —Raina tomó del brazo a Lucian—. Ahora, si no os importa, necesito estar a solas con él un minuto.

—¿Solo un minuto? Yo, cómo mínimo, lo necesitaría un cuarto de hora —dijo Aurel.

Lucian sonrió al ver que Raina se ruborizaba, mientras oía a la segunda modelo decir que ella lo querría durante al menos una hora.

—Que Dios te bendiga —tomó a Raina de la cintura—. Me has rescatado.

—No sabes bien hasta qué punto lo he hecho. Esas dos criaturas estaban dispuestas a comerte vivo —exactamente lo mismo que habría querido hacer ella.

La verdad era que no se sentía molesta con Aurel y Kimie. Eran lo que eran, dos sirenas insaciables que solo buscaban la admiración de todos los hombres con los que se cruzaban. Podían ser hermosas, pero ella sabía lo que a Lucian le gustaba en una mujer.

Phoebe, sin embargo, sí le había preocupado. Era inteligente, tenía éxito, era muy atractiva.

—¿Por qué le has dicho a Phoebe que te dejarías fotografiar? —le preguntó ella mientras abría la puerta del dormitorio y entraban.

El se frotó la nuca.

—Bueno, la verdad es que yo no…

—Da lo mismo —lo interrumpió ella—. No es asunto mío.

Le había dicho en la boda que no iba a hacerle preguntas, y resulta que lo primero que hacía en cuanto estaban a solas era interrogarlo como una estúpida celosa.

Si quería hacer una sesión de fotos con Phoebe, pues adelante.

De pronto, sintió un cansancio pesado y se sentó en el borde de la cama.

—Ha sido un día muy largo y no tengo fuerzas para discutir contigo.

—Me alegro.

Él se sentó a su lado. A pesar del agotamiento, nada más sentirlo cerca su cuerpo se despertó. Aquel aroma familiar, tan masculino irradiaba sensualidad.

Parecía un poco cansado y tenía los ojos rojos. ¿La habría echado de menos aquella semana? Por mucho que quisiera saberlo, no estaba dispuesta a preguntárselo.

—Enhorabuena por el éxito que has tenido —dijo él rompiendo el silencio que se había creado—. Me ha gustado mucho lo que diseñas.

Teniendo en cuenta las mujeres que pasaban su lencería, dudaba mucho que hubiera reparado en lo que llevaban puesto. A pesar de

todo, valoró el esfuerzo que estaba haciendo para darle su reconocimiento.

—Gracias —dijo ella, pensando en todos los pedidos que había recibido aquella tarde. Sin embargo, no estaba tan feliz como era de esperar—. Ha sido un buen día.

—Espero no haberlo estropeado todo con mi aparición sorpresa —dijo él.

Ella se rio suavemente.

—Creo que las chicas se han esforzado mucho, solo para impresionarte a ti. He oído la palabra «impresionante» varias veces esta noche. Algunas iba dirigida a mi colección, pero otras iba dirigida a mi marido.

Él apartó la vista, no sin que ella notara antes que él se había ruborizado.

Estaba realmente avergonzado.

Se sentaron allí un rato, hombro con hombro y ella notó que él llevaba la alianza de casado. Ella se la había quitado nada más llegar a Nueva York, pues aún no estaba preparada para responder a ciertas preguntas.

No sabía si Lucian se había dado cuenta o no. Tampoco sabía si le importaría. Sí sabía que las cosas seguían tensas entre ellos y que los sentimientos estaban a flor de piel. Los dos parecían conscientes de que tenían que tener mucha precaución.

—He ido a ver a Emma hoy. Teresa no me ha dejado pasar.

—Yo le he contado que me había casado contigo. Pero es muy precavida con la gente que se acerca a la pequeña.

—Le enseñé mi carné de conducir y mi billete de avión —dijo él con cierta dureza—. Me dijo que Emma estaba durmiendo y que debería venir a verte a ti primero. Luego me dio con la puerta en las narices.

—Es maravillosa con Emma —Teresa era como una abuela con la niña. Raina no sabía qué habría hecho sin ella—. No te enfades porque la esté defendiendo.

—¿Enfadarme? —la miró sorprendido—. Estaba pensando en darle un aumento de sueldo. Es reconfortante saber que alguien está cuidando así de bien a la niña cuando tú no estás.

Ella se rio ante el inesperado comentario.

Luego, bajó la cabeza y se miró las manos. Su sonrisa se desvaneció.

—Lucian, ¿a qué has venido?

—A ver a Emma.

Raina sintió que el corazón se le encogía. Sabía que había venido a ver a Emma, pero tenía cierta esperanza de que hubiera venido a verla a ella también. Era un estúpida.

—Se alegrará mucho de verte —forzó una sonrisa—. Ahora estará ya acostada, pero puedes venir por la…

El le tomó la mano.

—También he venido a verte a ti.

A Raina le dio un vuelco el corazón.

—¿A verme a mí?

—No me ha gustado el modo en que quedaron las cosas entre nosotros antes de que te vinieras. Pensé… Bueno, quería que supieras que, realmente, no hay nada entre Sally Lyn y yo…

—Lucian, siento haber dicho lo que dije en la boda. No debería haberlo hecho. Y

tú, realmente, no tienes que contarme nada que…

Él le tapó los labios con el dedo.

—Nunca me he acostado con ella y jamás tuve ninguna intención de casarme con ella.

—¿De verdad? —no le gustó el tono de felicidad con que pronunció la pregunta

—. Porque si lo hiciste, si crees que…

—Raina, por favor —él miró al cielo—. ¿Quieres callarte? Esto ya es de por sí bastante complicado.

Ella obedeció y bajó la mirada, hasta encontrarse con su mano que sujetaba la suya. La textura de su mano callosa sobre su la piel le provocaba escalofríos.

—No quería que te marcharas.

—Vivo en Nueva York, Lucian. Mi trabajo está aquí.

—Lo sé, maldita sea —frustrado, se pasó la mano por el pelo—. Déjame que me quede unos días por aquí. Necesito pasar más tiempo con Emma y…

—Ya te dije que no me interpondría en tu camino.

¿Por qué se había dejado creer que podría querer pasar algún tiempo con ella?

Sus esperanzas se desvanecieron de repente. Sintió un increíble cansancio. Solo quería irse a casa y meterse en la cama.

—Puedes verla siempre que quieras y pasar… —de pronto se detuvo—. ¿Has oído eso?

—¿Qué?

—Escucha.

Él escuchó atento.

—No oigo nada.

—Exacto —ella se encaminó hacia la puerta y la abrió.

La habitación estaba vacía. Se había ido incluso el camarero.

Sobre la mesa, había una nota sujeta con una botella de champán. Al lado había un bol con fresas y otro con nata montada.

Lucian se puso detrás y la leyó.

Enhorabuena al novio y la novia. Seguro que se os ocurre algo maravillosamente creativo con la nata y las fresas. Muchos besos de todo el mundo.

Lucian se carcajeó y metió el dedo en la nata.

—¿Sabías que tengo una debilidad absoluta por la nata montada? —se chupó sensualmente el dedo y Raina se estremeció. Entreabrió los labios—. ¿Sabes por qué otra cosa siento auténtica debilidad?

Ella titubeó.

—¿Por las fresas?

Él negó con la cabeza sin dejar de mirarla fijamente.

—Mi auténtica debilidad eres tú.

Capítulo Once

«Tú».

Esa simple palabra la removió por dentro, recorrió todo su cuerpo y su mente como una llamarada. Hizo que temblara en anticipación a lo que iba a ocurrir.

—Si quieres que me vaya, dímelo ahora —le dijo él con la mirada fija en ella.

¿Quería o no quería que se fuera?

Él la miraba con aquellos hambrientos ojos verdes que la consumían. Sentía deseo, alegría y miedo al mismo tiempo.

¿Quería o no quería que se fuera?

¡No, claro que no!

—Quédate.

La rodeó con sus brazos y la besó apasionadamente. La tensión que había habido hasta entonces entre ellos se desvaneció. La adrenalina comenzó a correr por sus venas y Raina sentía el pulso golpeando sus sienes.

Mareada por la sensación de tenerlo tan cerca, se agarró a él con fuerza. Sus besos cada vez eran más fuertes, más intensos, moviéndose hambrientos sobre sus labios ansiosos.

El placer la recorrió como si de un líquido espeso y caliente se tratara.

—Lucian —susurró ella—. Deberíamos… ir al dormitorio…

Pero su boca volvió a cubrir la de ella y las palabras se quedaron atrapadas en los besos de él.

Finalmente, se dirigieron hacia el dormitorio y, una vez allí, ella se quitó los zapatos y el vestido.

Quería sentir las manos de él por todo su cuerpo. El calor se transmitía por su piel. Le posó las manos sobre el torso musculoso, las deslizó por su vientre plano y subió y bajó la mano.

Él gimió y apretó su miembro pujante contra ella, mientras le quitaba el vestido.

Pronto sus manos estaban ocupadas con los senos turgentes y excitados de ella.

Con un suave movimiento, la posó sobre la cama. Se desnudó por completo, mientras ella lo observaba, incapaz de decir nada. Tenía el cuerpo de un hombre que trabajaba duro: brazos musculosos, manos grandes y ásperas, un torso sólido y bien formado. Poder y fuerza era lo que emanaba de él.

«Tú».

Aquella palabra resonó una vez más en su cabeza. ¿Realmente ella era su debilidad? Quería saberlo. ¿Era solo atracción física o era algo más?

Se puso sobre ella y deslizó las manos por entre sus piernas, hasta encontrarse con la ropa interior de encaje negro.

—Es muy sexy —le murmuró al oído, mientras pasaba un dedo por el borde de sus braguitas.

—Las he llamado «sinvergüenzas» —dijo ella, y gimió al sentir que llegaba al corazón de su feminidad.

Introdujo el dedo lentamente por debajo.

—No recuerdo haberlas visto en el pase.

—No… estas están pensadas… —se detuvo al sentir el placer subirle por todo el cuerpo—. Para un pase privado.

Ella se agarró a sus hombros y se arqueó gimiendo de placer. La tomó de las caderas y comenzó a moverse sensualmente sobre ella.

—Lucian, por favor, te necesito dentro de mí —le suplicó.

Sin esperar más, se abrió paso dentro de ella y no solo entró en su cuerpo, sino también en su corazón y en su alma.

Se dejó llevar, confiando plenamente en él.

El ritmo creció poco a poco, hasta que los dos, en un violento agitar, llegaron a la unión perfecta.

—Te juro que no había venido por esto.

Lucian la tenía abrazada y le besó cariñosamente el pelo. Después de hacer el amor habían permanecido en silencio, sumidos en sus propios pensamientos.

Lucian no esperaba que aquello fuera lo primero que saliera de su boca, pero así fue.

—No estás precisamente inspirado hoy, Lucian Sinclair —dijo ella volviéndose hacia él—. Yo esperaba algo como «ha sido increíble, alucinante».

Ella sonreía satisfecha.

—No hay palabras para describir lo que ha sido —dijo él, retirándole un mechón de pelo de la cara.

Ella se ruborizó y bajó los ojos.

—¿Me estás diciendo que te arrepientes de que hayamos hecho el amor?

—¡Cielo santo, no! —la admiró unos segundos. Allí, con la cabeza apoyada sobre la almohada y todo el pelo enmarcándole el rostro olvidó por unos instantes lo que tenía que decir—. Jamás me he arrepentido de hacer el amor contigo. Pero siento no poder recordar cómo fue la primera vez. Eso sí me resulta realmente frustrante.

—Nunca antes había encontrado a alguien como tú —deslizó suavemente el dedo sobre su pecho—. Y eso es lo que siento cada vez que estamos juntos. Puedo hacerme la dura y negarlo, pero el sexo contigo es increíble.

«Sexo». ¿Por qué de pronto esa palabra le resultaba molesta? ¿Eso era lo único que había entre ellos? ¿O había algo más?

Él jamás había sentido nada parecido por ninguna otra mujer, lo cual lo confundía y lo ponía nervioso.

Lucian quería a Raina, dentro y fuera de la cama. Y no solo porque fuera la madre de su hija o porque fuera hermosa, sino porque era Raina. La había echado mucho de menos la semana anterior, había echado de menos su sonrisa, su risa, el modo en que jugaba con Emma. Había sentido un vacío desconocido para él hasta entonces. Se sentía… solo.

¡Cielo santo! Eso sonaba patético. ¿Cómo podía sentirse solo? Tenía una gran familia, hermanos, sobrinos, amigos. Y tenía a Emma. Al pensar en la pequeña algo se le encogió dentro del pecho. Se estaba poniendo sentimental. Y, si no andaba con cuidado, en poco tiempo acabaría escribiendo poesías y dibujando corazones sobre un trozo de papel.

Trató de deshacerse de aquellos pensamientos y volvió su atención hacia la mujer que tenía al lado en aquel momento.

—Raina —susurró él—. Tengo un par de semanas libres antes de empezar con el siguiente proyecto. Podría quedarme en un hotel cerca de tu apartamento y pasar algún tiempo con Emma.

«Y contigo», pensó él.

—Le encantará que estés con ella.

Él habría preferido que dijera «nos encantará que estés con nosotras».

—¿Y la gata?

Él frunció el ceño.

—¿Qué gata?

—La que vivía bajo las escaleras del porche de tu casa. ¿Quién los cuida a ella y a sus gatitos estos días?

—¡Los gatos! —le acarició el brazo—. Están viviendo en el trailer conmigo. Me dejé la puerta abierta un día y se instalaron allí. Abby se ocupa de ellos en mi ausencia.

Él sintió su sonrisa contra el pecho.

—¿Lucian?

—¿Sí?

Hubo una larga pausa antes de que ella alzara la vista, lo mirara y continuara.

—No hace falta que te busques un hotel.

A Lucian le dio un vuelco el corazón. Se dio cuenta de la inseguridad que había en su mirada. ¿Por qué eran tan cautos? ¿Por qué no se decían las cosas claramente?

—¿Tienes una habitación de invitados?

—No.

—¿Un sofá enorme?

—Tampoco.

—Señora Sinclair, ¿me está sugiriendo que duerma en su cama?

Ella se ruborizó.

—Es una cama de matrimonio y creo que a Emma le vendría bien que estuvieras junto a ella, ¿no crees?

—Por supuesto. Queremos lo mejor para Emma —él sonrió y se apretó contra ella—. ¿Y Teresa?

—Te recuerdo que estamos casados. Aunque es probable que tengamos que enseñarle el libro de familia para que nos dé su visto bueno.

—¿Y qué me dices de tu amigo italiano?

—¿Mi amigo italiano?

—El hombre del traje de Armani. ¿Crees que le sentará mal que me quede?

Ella abrió los ojos sorprendida.

—¿Te refieres a Antonio Barducci? Es periodista del *New York Sophisticate*.

—Te estaba susurrando algo al oído y no me gustó cómo lo hacía.

Ella soltó una sonora carcajada.

—¿Qué te parece tan divertido? —le preguntó él.

—Antonio me estaba preguntando si estabas disponible. Me ha dicho que eras *bellissimo*.

Lucian se ruborizó como una colegiala.

—Eso no tiene gracia.

Ella se sentó al borde de la cama sin parar de reírse.

—A mí me parece que sí la tiene.

—¡Unas narices! —dijo él irritado—. ¿Y qué le contestaste?

—Le di tu número de teléfono.

—¿Qué?

—Es una broma —agarró la camisa de él y se la puso—. Le dije que eras mi marido.

Él respiró aliviado.

—Bien.

—Y le dije que yo también pensaba que eras *bellissimo*.

—¿Sí? —sonrió y señaló la cama—. Ven aquí y dime eso otra vez. Me gusta.

Ella se levantó de la cama.

—¿A dónde vas? —le preguntó.

Ella desapareció por la puerta antes de darle opción a disfrutar de la visión de sus larguísimas piernas.

Lucian frunció el ceño y se enrolló la sábana, dispuesto a seguirla.

Pero Raina pronto regresó y se quedó en la puerta, mostrando toda la hermosura de su cuerpo a través de la camisa abierta. Llevaba en una mano la botella de champán y en la otra el bol de nata.

—Se me ocurren muchas ideas que realmente te van a gustar —

dijo con una sonrisa picara—. ¿Qué piensas?

Él no podía pensar, pero daba lo mismo. No era una pregunta a la que tuviera que responder con palabras.

Durante toda la semana siguiente, el mundo de la moda exaltó el trabajo de Raina. Los teléfonos de la oficina no paraban de llamar para hacer pedidos y, aunque estaba entusiasmada, también estaba agotada.

Tenía un sentimiento parecido respecto a Lucian.

Habían regresado juntos al apartamento a la mañana siguiente de la fiesta.

Habían llegado muy pronto, cuando Emma todavía dormía. Lucian se había quedado al pie de su cuna, esperando a que se despertara. En el momento en que había abierto los ojos, la había tomado en brazos y le había dado los buenos días como si fuera lo mismo que hacía cada día.

El corazón de Raina había dado un vuelco al ver la sonrisa de la niña, el modo en que se apretaba contra su padre y le ponía la cabeza sobre el hombro. De no haberlo amado ya, habría sido en aquel momento cuando hubiera sucedido.

Pero lo amaba, así había sido desde el principio, y así sería siempre.

Tenía que reconocer que en silencio abrigaba la esperanza de que el tiempo fuera haciendo posible el milagro de que él llegara a amarla también. Pero él jamás decía las palabras que tan desesperadamente ella quería escuchar. Parecía contento con que las cosas fueran como eran. Mientras ella se iba a trabajar, él pasaba los días con Emma.

Las noches se las dedicaba a Raina lo que era a la par placentero y doloroso.

Aquella semana había tenido tan pocas horas de sueño, que estaba empezando perder sus fuerzas. No se quejaba, pues era ella la que no podía quitarle las manos de encima. La verdad era que la semana había sido increíble.

Pero estaba a punto de terminar.

Con las llaves en la mano, se quedó en el recibidor justo antes de abrir la puerta de su apartamento y se tomó unos minutos para ordenar sus ideas. Sabía que no podía estar enfadada o molesta porque él no le ofreciera nada más. Después de todo lo había invitado a su casa sabiendo qué era lo que había.

Pero la realidad era que quería más, necesitaba más.

Disfrutaba cada minuto que estaban juntos, pero no volvería a repetir aquello.

No podía pasar una y otra vez por el dolor que le causaba su partida.

Podían ser amigos, necesitaban serlo por el bien de Emma. Pero

con Lucian no podía conformarse con nada más que un verdadero matrimonio. No le era suficiente amarlo. Necesitaba ser correspondida de igual manera.

Suspiró, apoyó la cabeza contra la jamba de la puerta y cerró los ojos. Cuando llegara el momento adecuado, ella pediría el divorcio.

Respiró profundamente, abrió los ojos, metió la llave en la cerradura y entró en el apartamento. En ese instante, vio a Lucian jugando a «Periquito araña» con Emma en la alfombra del salón.

—Huele muy bien —dijo Raina. Era la salsa boloñesa de Teresa. Forzó una sonrisa y cerró la puerta—. Hola, cariño.

Lucian miró a Raina, consciente de que el saludo no iba dirigido a él, sino a Emma. A pesar de todo, aquella palabra, pronunciada con tanto amor, le encogió el corazón.

—Ven a decirle «hola» a mamá.

Raina besó a Emma en la mejilla y le hizo cosquillas en la tripa, lo que le provocó una infantil carcajada a la niña.

Lucian se inclinó para besar a Raina en el cuello, pero esta se tensó y se apartó.

—¿Has cenado ya? —le preguntó.

Tenía aspecto cansado y parecía nerviosa.

—Emma sí ha cenado, pero yo no.

Raina se quitó el abrigo y lo colgó en el armario.

De pronto, se detuvo, dudó justo antes de volverse.

—¿Pasa algo? —le preguntó él.

—¡Hora de bañarse! —entró Teresa anunciando y Lucian le dio a la niña.

—Iré a ayudarte —se ofreció Raina, pero Teresa le hizo un gesto de que no hacía falta. Después de hacerle cosquillas a la pequeña con un pato de goma en la tripa, se dirigió hacia el baño.

—Ese pato es nuevo. ¿Has ido de compras otra vez?

—No tengo nada mejor que hacer cuando Emma está durmiendo. Hoy también he comprado algo para ti y para mí —sonriendo, sacó dos entradas del bolsillo—.

Para ver *Dark Water* el viernes por la noche a las ocho en punto.

Lucian se había pasado todo el día esperando ver la reacción de Raina. Aquella era la obra teatral más en boga de Broadway. Casi tuvo que vender su alma para poder conseguir dos entradas con solo dos días de antelación.

—Gracias —dijo ella con una leve sonrisa.

«¿Gracias?». ¿Eso era todo lo que tenía que decir? Lucian frunció el ceño y mientras la veía alejarse en dirección a la cocina. Parecía más que cansada exhausta.

Había tenido una semana muy complicada y no había podido dormir demasiado. Eso era lo que le sucedía.

Bien, él se ocuparía de que durmiera.

Se aproximó a ella y le puso la mano sobre los hombros.

—¿Te ocurre algo?

Se apoyó sobre él durante un momento, pero rápidamente se apartó.

—No puedo ir.

Ocurría algo, no le cabía duda.

—¿Me vas a decir qué te pasa?

—Lucian… —dudó un momento. Luego inspiró—. Me han ofrecido un contrato con Rossina, la firma florentina.

—¿Rossina? —aunque jamás había comprado nada de alto diseño, conocía el nombre—. ¿De Florencia, en Italia?

—Sí.

—Bueno, eso es algo a celebrar, ¿no? —dijo él—. Pero en tu caso parece que te hubiera ocurrido una desgracia.

—El trabajo sería allí, en Florencia.

Él sintió un nudo en el cuello.

—¿Tendrías que irte? ¿Cuándo?

—Mañana.

—¿Mañana?

—Lo siento —su voz sonó temblorosa—. Sé que esto es un tanto inesperado, pero es que todo ha sucedido muy deprisa.

—Yo diría que eso es un modo muy eufemístico de decirlo —él trató de mantener la calma—. De acuerdo, me puedo quedar aquí con Emma unos cuantos días, hasta que regreses.

—Lucian, me llevo a Emma. El contrato es por seis meses.

Él se quedó petrificado.

—¿Te vas a Florencia durante seis meses y te llevas a mi hija contigo?

—Es una increíble oportunidad. No puedo rechazarla.

—¡Claro que puedes! Puedes hacer lo que te venga en gana —dijo él con rabia.

—He trabajado mucho durante estos últimos tres años para que mis diseños se abrieran paso en el mercado —lo miró directamente a los ojos—. ¿Por qué motivo iba a decir que no a algo así?

No, no había ningún motivo para que dijera que no, ¿verdad? Apretó la mandíbula con fuerza. Él sabía que era cierto, que ella había trabajado mucho. Pero seis meses…

—El tiempo pasará muy deprisa —dijo ella—. Cuando vuelva…

—¡Maldita sea, no puedes irte! ¡No puedes llevarte a mi hija así! ¡Te recuerdo que estamos casados!

—Firmar un papel y llevar una alianza no hace de este un matrimonio real —

dijo ella con total calma—. Nos casamos para que Emma llevara tu

nombre y bajo la condición de que este matrimonio se disolvería cuando llegara el momento. En lo que a mí respecta, nada de eso ha cambiado.

Lucian sintió un arrebato de furia crecer dentro de él.

—De acuerdo —dijo él finalmente—. Vete a Florencia, pero deja a Emma conmigo.

—Ni hablar —dijo ella.

—¿Por qué? Tú vas a estar trabajando la mayor parte del tiempo. Yo me pediré seis meses libres. Callan y Gabe pueden llevar el negocio por mí. Así me podré ocupar de Emma.

Ella apretó los labios.

—Emma es mi vida y la adoro. Jamás la dejaría aquí. Se viene conmigo —dijo Raina con el tono y la expresión de una leona protegiendo a su cría.

—Yo también la quiero —dijo él entre dientes—. ¿Acaso lo que yo necesito cuenta algo aquí?

—Más de lo que tú crees —dijo ella suavemente—. La amarás para siempre, Lucian. Es parte de ti y siempre lo será. ¿No te has dado cuenta de eso?

Al oír las carcajadas de la pequeña en el baño, los dos se volvieron.

Después de unos segundos, Lucian se volvió hacia Raina.

—Voy a vestir a Emma y a meterla en la cama. Mientras tanto, cena algo.

Él se dio media vuelta y agradeció que ella no discutiera.

Después de preparar a su hija para la cama y de dormirla, salió cuidadosamente del dormitorio de la pequeña.

Luego agarró la chaqueta y se encaminó hacia la puerta, dispuesto a encontrar un bar en el que tomarse un enorme whisky o dos.

Capítulo Doce

Raina seguía a Teresa que llevaba a Emma dormida en brazos a través de la masa de gente que había en la terminal. Siempre llegaba con tiempo a los aeropuertos y todavía les quedaba una hora hasta la salida del avión.

Normalmente, ese tiempo extra la ayudaba a relajarse un poco. Solo que en aquella ocasión, no estaba haciendo sino incrementar su estado de nerviosismo. No quería marcharse. No quería dejar a Lucian.

Tragó saliva con dificultad y observó a la gente que había a su alrededor. De pronto, tuvo la sensación de que todos eran rostros sonrientes y parejas amorosas y felices.

Sintió unas tremendas ganas de llorar.

Quizás no se habría sentido tan mal si, al menos, hubiera tenido la oportunidad de hablar con Lucian antes de que se marchara, enfadado y frustrado. Todo por la discusión de la noche anterior.

Había llegado completamente borracho a las tres de la mañana y lo había obligado a dormir en el sofá.

Pero al verlo allí tumbado, tan indefenso, había sentido unas ganas casi incontenibles de olvidarse del viaje, de rechazar la oferta de la diseñadora o, al menos, de haber propuesto que fuera Annalise en su lugar. Su ayudante era inteligente y tenía mucho talento. Unos cuantos viajes a Florencia de Raina podrían haber sido suficientes.

Pero Lucian no le había pedido que se quedara, y si no podía decirle esas palabras que tanto necesitaba oír, entonces no tenía ningún motivo para quedarse.

Quería oír un «te quiero» de sus labios. Puede que a Lucian le valiera con un matrimonio sin compromiso y sexo sin amor, pero a ella no.

No se arrepentía de haberse casado, pues sabía que era importante para Emma.

Garantizaba que su hija recibiría mucho amor de la familia Sinclair y siempre estaría protegida.

Pero el dolor de amar a Lucian y que ese amor no fuera recíproco iba a destruirla. También sabía que jamás podría amar a nadie como lo amaba a él.

Aquella mañana había tratado de despertarlo, pero no había podido.

Finalmente, le había dejado una nota en la cocina, dándole la dirección del hotel y el número de teléfono en el que podría localizarla, pero no le había dado el vuelo en el que partía.

Quizás había sido mejor así. Si él se hubiera despertado, habrían discutido y habría sido mucho peor. Eso solo habría añadido más dolor al que ya sentía… si es que era posible.

Lucian se despertó con un tremendo dolor de cabeza y la boca seca. Abrió los ojos lentamente, y los cerró otra vez. El sol de la mañana era como un cuchillo para sus ojos.

Se sentó como pudo y notó que no estaba en una cama, sino en el sofá.

Por eso tenía el cuerpo completamente entumecido. Al estirarse, el dolor de cabeza se incrementó.

Era un estúpido.

Con la intención de aplacar su frustración había decidido emborracharse, pero para nada beber tanto como había bebido. En el transcurso de la noche había conocido a un par de tipos que, por suerte, lo habían llevado de vuelta a casa, aunque no sabía a qué hora.

Miró al reloj. ¡Maldición! Eran casi las once.

El apartamento estaba completamente en silencio. Sabía que se habían marchado.

No tenía ni idea del vuelo que habían tomado, solo que era después del mediodía.

¡Maldición, maldición, maldición!

Aquella era la última mañana que podía pasar con Emma antes de que regresara en seis meses y había perdido la oportunidad. También la de estar con Raina. El dolor que sentía en el pecho no tenía nada que ver con haber bebido demasiado.

Cerró los ojos, respiró profundamente y se pasó la mano por el pelo. El más mínimo movimiento hacía que la cabeza le doliera de modo insoportable. Solo se había sentido así la mañana después del accidente. Empezaba a parecerle irónico que en ambos casos la situación tuviera que ver con Raina. Se había ido a comprarle unas rosas y había acabado con una contusión en la cabeza…

Abrió los ojos de repente, sin reparar en el dolor.

¡Flores!

Había ido a comprar flores. A aquella hora de la mañana no había nada abierto, así que se había encaminado al restaurante de Sydney con la esperanza de que tuviera rosas. Pero la carretera estaba llena de hielo y él, en lugar de pensar en la conducción, había estado pensando solo en Raina. Entonces aquel camión se le echó encima y…

Nada.

Ya no podía recordar lo que había ocurrido después de aquello.

Cerró los ojos y trató de recapitular.

Se vio en la boda de Melanie y Gabe, pero eso era algo que ya recordaba de antes.

Tenía que relajarse…

Entonces se vio, de pie… y Raina estaba a su lado.

«¿Por qué no te llevo yo a casa? Tengo que ir a dejar los regalos».

Luego se vio en casa de Gabe, quitándose la chaqueta.

«¿Quieres un café?»
«Sí, claro».
Se miraron fijamente y, sin preliminares, se lanzaron el uno en brazos del otro.
Empezaba a recordar, no detalles, pero sí lo que sucedió en general.
Se habían quitado la ropa con urgencia, habían hecho el amor toda la noche y, al día siguiente, él le había escrito aquella nota.
No quería que se marchara, quería que se quedara con él.
Tal y como le estaba sucediendo en aquel mismo instante.
Sintió un ataque de pánico. ¿Cómo podía ser que aquello le estuviera ocurriendo por segunda vez?
Su cabeza casi se parte al oír un timbre. Al cabo de unos segundos reparó en que se trataba del teléfono.
¡El teléfono! Tenía que ser Raina, sí, tenía que ser ella.
Se levantó a toda prisa y corrió a responder en la cocina.
—¡Raina! —gritó—. Raina, ¿eres tú?
—Me temo que no —dijo Melanie—. Te vas a tener que conformar conmigo.
Raina alzó la cabeza al oír la llamada para su vuelo. Emma estaba a su lado y Teresa se levantó para tomarla en brazos.
—Es hora de irnos —dijo Raina.
Con un suspiro, Raina agarró la bolsa de Emma y su propia bolsa y siguió a Teresa que se dirigía con Emma hacia la puerta de embarque. A través de un gran ventanal, Raina vio su avión y oyó el estruendo de los motores en marcha.
Ya no había vuelta atrás, se marchaban, y eso le causaba una inmensa tristeza.
Parpadeó para evitar que las lágrimas se alojaran en sus ojos, metió la mano en su bolso para sacar las tarjetas de embarque y, cuando se disponía a dárselos a la azafata…
—¡Raina, espera!
Alzó la cabeza al oír la frenética llamada.
—¡Espera, por favor, espera!
El corazón se le detuvo.
Era Lucian.
Venía corriendo, esquivando a la gente, gritando su nombre.
Emocionada, Raina solo podía mirarlo.
—¿Lucian?
Sin aliento, se detuvo ante ella.
—Raina —dijo jadeando—. No te puedes ir.
—¿Qué estás haciendo aquí? —las rodillas le temblaban—. ¿Cómo has sabido dónde encontrarme?
—Melanie llamó esta mañana. Ella me lo dijo —respondió él con

dificultad—.

No puedes irte, Raina, no puedes.

Raina miró de un lado a otro. Todo el mundo los miraba con curiosidad.

—Lucian, ya hablamos ayer de todo esto. Nada ha cambiado.

—Perdone —dijo la azafata con cierta impaciencia—. ¿Pasa o no?

—Sí —dijo Raina.

—No —Lucian le quitó los billetes.

—¡Dámelos!

Lucian miró a Teresa.

—Por favor, Teresa, espere aquí un momento —tomó a Raina de la mano y la apartó de la cola para que pudieran pasar los demás pasajeros—. Raina, tienes que escucharme.

—Tienes treinta segundos para decirme lo que sea —sabía que si le concedía más tiempo caería rendida a sus pies y le diría que sí a cualquier cosa.

—Raina, sí que hay una razón para que te quedes —dijo él con suavidad—. Te equivocaste al decir que nuestro matrimonio no es más que un contrato y unos anillos. Hay una razón para que te quedes.

—¿Cuál, Lucian? —dijo ella en un susurro—. ¿Cuál?

—Que te quiero.

Ella lo miró fijamente a los ojos.

—¿Me quieres?

—Te he querido desde el primer momento que te vi.

—¿Te refieres al día en que me recogiste en el aeropuerto de Filadelfia?

Él negó con la cabeza.

—No. Me refiero a la primera vez.

—Pero tú no recuerdas…

—No lo recordaba hasta esta mañana. Todavía tengo algunas imágenes confusas. Pero, de pronto, me ha venido a la memoria lo sucedido en los días de la boda de Gabe y Melanie. Admito que me he resistido a aceptar lo que tan peligrosamente intuía. Pero la verdad es que me enamoré de ti a primera vista.

Después de pasar la noche contigo yo quise que te quedaras a mi lado.

—¿Qué me estás diciendo exactamente? —preguntó ella, para asegurarse de que no le estaba mal interpretando.

—Quedaos conmigo las dos —le puso la mano sobre los labios para evitar que hablara—. Podemos vivir donde tú quieras: en Bloomfield, en Nueva York, en Florencia o en Timbuktu. Me da lo mismo, siempre y cuando pueda estar contigo y amarte, siempre y cuando me des la ocasión de enamorarte.

Raina se quedó sin palabras durante unos segundos. ¿De verdad

que él no lo sabía, que no se había dado cuenta?

—¿Es que estás ciego, Lucian? —dijo ella finalmente con una gran carcajada—.

¿Todavía no te has dado cuenta de que yo también estoy enamorada de ti?

Lucian sintió un repentino alivio.

«Me quiere», pensó deleitado.

Exultante, la tomó en sus brazos y la giró en el aire. Riéndose, ella se abrazó a su cuello.

Cuando la dejó de nuevo en el suelo, la besó amorosamente.

—Perdonen —dijo la azafata un tanto incómoda con la situación—. Pero vamos a cerrar las puertas. ¿Va a pasar?

—Si no te puedes quedar, tomaré el siguiente avión. No puedo estar sin ti o sin Emma. Os necesito demasiado.

—No hace falta que vayas a ninguna parte, Lucian —le tomó el rostro entre las manos—. Por supuesto que me quedo.

Un aplauso general captó su atención. Alrededor de ellos había varias mujeres con lágrimas en los ojos y unos cuantos hombres sonrientes. Incluso Teresa se había emocionado. La mujer se acercó a Lucian y le dejó en los brazos a la niña dormida.

—¿Qué pasa con Florencia? —preguntó él, temeroso de darle la oportunidad de que cambiara de idea, pero consciente de que debía hacerlo—. ¿Qué ocurrirá si no vas?

—Tendré que arreglarlo de algún modo, pero creo que lo conseguiré. Mi ayudante va a tener que hacer ese viaje a Italia que tanto ansia desde hace tiempo.

—Yo me puedo trasladar a Nueva York —dijo él—. Mis hermanos pueden ocuparse de mi negocio y puedo vender la casa cuando esté terminada.

—¿Vender nuestra casa? —ella frunció el ceño—. De eso nada. Yo ya he decidido cuál va a ser mi oficina: la primera habitación de arriba a la derecha. La de nuestra hija será la de enfrente.

—¿Y las otras dos que quedan? —él levantó la ceja—. ¿Qué sugieres que hagamos con ellas?

—Bueno, sería una pena no utilizar todo ese fabuloso espacio, ¿no crees?

—Sí, claro que sí —dijo Lucian, preguntándose cuánto tardaría en poder terminar su casa. Seguro que Callan y Gabe lo ayudarían.

Al pensar en sus hermanos se ruborizó.

—Menos mal que mis hermanos no estaban aquí viendo lo que acabo de hacer hoy —dijo con una carcajada—. Me tomarían el pelo durante el resto de mis días.

Raina se rio y lo tomó del brazo.

—Mientras los dos estemos juntos para defendernos.

—¡Por supuesto que estaremos juntos! —la besó dulcemente—. Durante el resto de nuestra vida…

—¿Crees que te acordarás de lo que acabas de decir, Lucian? —se inclinó sobre él y lo besó.

—Sí, claro me acordaré —la besó y sonrió—. Confía en mí. Jamás lo olvidaré.

Fin